

S. EUSEBIO JERÓNIMO DE ESTRIDÓN, PRESBITERO, COMENTARIOS SOBRE EL PROFETA SOFONÍAS, LIBRO ÚNICO. (C)

Prólogo.

671-672 Antes de abordar a Sofonías, quien es el noveno en el orden de los doce profetas, parece necesario responder a aquellos que consideran que soy objeto de burla por escribir principalmente a ustedes, oh Paula y Eustoquio, dejando de lado a los hombres. Si supieran que Huldá profetizó mientras los hombres guardaban silencio, y que Débora, tanto juez como profetisa, venció a los enemigos de Israel cuando Barac temía (Jueces IV); y que Judit y Ester, en figura de la Iglesia, mataron a los adversarios y liberaron a Israel del peligro de perecer, nunca doblarían su mano detrás de mi espalda como una cigüeña. Callo sobre Ana y Elisabet, y otras santas mujeres, cuyos destellos, como estrellas, el claro resplandor de María oculta. Me referiré a mujeres gentiles, para que también entre los filósofos del mundo vean que se suele buscar las diferencias de las almas, no de los cuerpos. Platón presenta a Aspasia discutiendo; Safo es escrita junto a Píndaro y Alceo; Themista filósofa entre los más sabios de Grecia; toda la multitud de la ciudad romana admira a Cornelia, madre de los Gracos, es decir, la suya; Carneades, el más elocuente de los filósofos y el más agudo de los retóricos, quien solía provocar aplausos entre los hombres consulares y en la Academia, 673-674 no se avergonzó de discutir sobre filosofía en una casa privada, con una matrona escuchando. ¿Qué decir de la hija de Catón, esposa de Bruto, cuya virtud hace que no admiremos tanto la constancia de su padre y esposo? La historia, tanto griega como latina, está llena de virtudes femeninas, y que merecen libros enteros. Me basta con haber dicho al final del prólogo que el Señor resucitado apareció primero a las mujeres (Mat. XXVIII, y Luc.), y que ellas fueron apóstoles de los apóstoles, para que los hombres se avergüencen de no buscar lo que ya el sexo más frágil había encontrado.

(Cap. I---Vers. 1.) 673 La palabra del Señor que vino a Sofonías, hijo de Cusí, hijo de Godolías, hijo de Amarías, hijo de Ezequías; en los días de Josías, hijo de Amón, rey de Judá. Los Setenta de manera similar. Los hebreos sostienen que cuando se menciona al padre o abuelo de un profeta en el título, ellos también fueron profetas. Por eso Amós, uno de los doce profetas, quien dijo: No soy profeta, ni hijo de profeta, sino pastor de cabras, recogedor de sicómoros (Amós VII, 14), no tiene el nombre de su padre en el título. Si esto es cierto, Sofonías el profeta, a quien ahora intentamos exponer, fue engendrado con un nombre, por así decirlo, profético, y de una gloriosa estirpe de sus mayores; pues tuvo por padre a Cusí, abuelo a Godolías, bisabuelo a Amarías, y tatarabuelo a Ezequías: y él mismo completó tal cuadriga como el último auriga. El nombre de Sofonías ha sido traducido por algunos como "vigilante", y por otros como "secreto del Señor". Por lo tanto, ya sea que se interprete como vigilante o como secreto del Señor, ambos se ajustan al profeta. Pues se dice también a Ezequiel: Hijo de hombre, te he puesto como vigilante para la casa de Israel (Ezequiel III, 17). Y en otro lugar: No hará el Señor nada, sin revelar su secreto a sus siervos los profetas. Y el título del noveno salmo se interpreta como "por los secretos del hijo". Este profeta, por tanto, que estaba en la atalaya y constituido en lo alto, y conocía los misterios del Señor, era hijo de Cusí (que se interpreta como humildad, o mi etíope, de lo cual hablaremos después), y tenía por abuelo a Godolías, que se traduce como grandeza del Señor, y por bisabuelo a Amarías, que también se traduce como palabra del Señor, y por tatarabuelo a Ezequías, que significa fortaleza del Señor. De la fortaleza del Señor, nació la palabra del Señor, y de la palabra del Señor nació la grandeza del Señor, y de la grandeza del Señor nació la humildad, 674 para que cuando alguien llegue a la perfección, diga: No soy digno de ser llamado apóstol (I Cor. IX). Y aquello en los Salmos: Señor, no se ha exaltado mi corazón, ni se han alzado mis ojos (Sal. CXXX, 1). Hasta aquí, como en un descenso suave y corriendo por

llanuras, hemos tropezado en lo que Cusí también se interpreta como mi etíope. Pues después de tantas virtudes, ¿cómo podría el nombre de etíope sonar en alabanza? Y si la Escritura hubiera dicho Cus, es decir, etíope, parecería una cuestión insoluble; pues Cus nació de Cam. Pero en lo que dice, Cusí, es decir, mi etíope, parece sonar un misterio: que aquel que una vez fue etíope, convertido en penitencia (según lo que se dice: Etiopía adelantará sus manos a Dios (Sal. LXVII, 32). Y en otro lugar (Sal. LXXI, 9): Ante él se postrarán los etíopes) diga con la esposa en el Cantar de los Cantares: Soy negra, pero hermosa, hija de Jerusalén (Cant. I, 4). Leemos también en Jeremías que Abdimelec, el eunuco etíope, agradó a Dios (Jer. XXXVIII): y en los Hechos de los Apóstoles que el eunuco etíope de la reina Candace tenía tal afán por las Escrituras y la Ley de Dios, que leía en su carro: y para adorar al Señor en su Templo venía a Jerusalén (Hechos VIII, 9). Por lo cual, tal fe es coronada con digno premio, y se envía a él a Felipe el evangelista, y de inmediato es enseñado, cree, es bautizado, y es salvo. Y no solo eunuco; sino que con el añadido de hombre se le llama, eunuco varón etíope. Pues como era eunuco de Cristo, y se había hecho eunuco por el reino de los cielos, por eso no había perdido el nombre de varón. Con razón también Sofonías, como hijo de Cusí, es decir, de etíope, en los libros siguientes escribe sobre la penitencia de los etíopes: Más allá de los ríos de Etiopía, dice, de allí me traerán ofrendas. Esto sobre la genealogía de Sofonías, 675 quien profetizó en los días de Josías. Y así como los días de Elías se dicen de aquellos que fueron iluminados por él, así también los días de Josías, quien se elevó hacia el Señor (porque Josías se interpreta como elevación del Señor) y fue un hombre justo, y de cuyas alabanzas escribe la historia de los Reyes y de las Crónicas (IV Reyes XXIII, y II Crónicas XXXIV). Y tuvo por padre a Amón, abuelo a Manasés (IV Reyes XXI). Leemos que Manasés, después de muchos crímenes y después de la cautividad en Babilonia, hizo penitencia, y convertido a mejores obras, alcanzó la misericordia del Señor. Por lo cual, a su fe, por la cual creyó en Dios, llamó a su hijo epónimo, es decir, Amón: pues AMMON () se interpreta como fe. Considera también que no se mencionan como antes los reyes de las diez tribus, es decir, los reyes de Israel; sino solo los reyes de Judá. Pues ya las diez tribus habían sido llevadas en cautiverio por los asirios bajo el rey Ezequías, padre de Manasés (IV Reyes 17). Esto en el prólogo y en el título de la generación y tiempo de Sofonías. Ahora veamos qué contiene también la profecía misma.

(Vers. 2, 3.) Congregando congregaré todo de la faz de la tierra, dice el Señor, congregando al hombre y al ganado, congregando al ave del cielo, y a los peces del mar: y las ruinas de los impíos serán, y destruiré a los hombres de la faz de la tierra, dice el Señor. LXX: Defección defecitará de la faz de la tierra, dice el Señor: defecitará el hombre, y el ganado: defecitarán las aves del cielo, y los peces del mar ÷ y se debilitarán los impíos ** y quitaré a los inicuos de la faz de la tierra, dice el Señor. Esto que hemos puesto en los Setenta, y se debilitarán los impíos, ha sido añadido de la traducción de Teodoción: por lo cual Símaco interpretó, y los escándalos con los impíos, para que se entienda, se congregarán, o defecitarán: La quinta edición, y la debilidad con los impíos defecitará. Debemos, por tanto, siguiendo nuestra costumbre, primero tejer la historia, y después discutir sobre cosas más sublimes. Pues no hay duda de que el último reino de las dos tribus, que se llamaban Judá y Benjamín, fue bajo Josías. Pues después de su muerte, sus hijos que reinaron después, y sus nietos, no deben ser considerados como que reinaron, sino que fueron objeto de burla por el rey de Egipto, y por los caldeos, y atormentados por diversas cautividades y muertes. Porque el pueblo podía excusarse 676 en los malos reyes, y decir: Queremos servir a Dios, pero los reyes nos lo impiden, se da un rey justo, quien, celando el celo del Señor, y el pueblo perseverando no obstante en el culto de los ídolos, se pronuncia una causa justa de ira por el Señor, y se profetiza sobre la destrucción de Jerusalén, y la cautividad de Judá, y la victoria de Nabucodonosor. Y el Señor dice por el profeta: No concederé más penitencia; sino que

consumiré todo de la faz de la tierra: no quedará hombre, ni ganado, ni ave, ni peces del mar. Pues la ira del Señor también la sienten los animales brutos: y devastadas las ciudades, y muertos los hombres, se produce soledad y escasez de bestias y de aves y peces, el Ilírico es testigo, la Tracia es testigo, el suelo donde nací es testigo, donde, aparte del cielo y la tierra y las zarzas crecientes, y las densas selvas, todo ha perecido. Esto, dice el profeta, sucederá porque la multitud de los impíos fue excesiva. Caerán, pues, los impíos y se destruirán los hombres, y habrá soledad sobre la faz de la tierra. Pero también podemos entender lo mismo sobre la consumación del mundo: que tanto los hombres, como el ganado, y las aves, y los peces del mar y todo defecitarán, y se debilitarán los impíos, y se quitará la iniquidad de la faz de la tierra. Pero si queremos entender algo más profundo (por lo que se dice en los Setenta, Defección defecitará de la faz de la tierra) y tomar defección en buen sentido según aquello: Y deficiente murió Abraham en buena vejez, anciano y lleno de días, y fue reunido a su pueblo (Génesis XXV, 8), y de lo que se refiere de Isaac y Jacob) vemos cómo defección defecitan de la faz de la tierra, y cumplen este precepto: Quienes teniendo su conversación en los cielos, y en la carne, no militando según la carne, porque saben que aquellos que viven en la carne no pueden agradar a Dios, en cuanto les es posible hacen todo para no estar en la carne, sino en el espíritu, y alejándose de la tierra dicen: Nos resucitó, y nos hizo sentar en los celestiales en Cristo (Rom. VIII). Pero si alguien se opusiera a esto que hemos tomado en buen sentido, defección defecitará de la faz de la tierra, aquello que está escrito de Ismael: 677 Estos son los años de la vida de Ismael, ciento treinta y siete, y deficiente murió, y fue reunido a su pueblo (Gén. XXV, 17): responderemos primero que también Ismael es hijo de Abraham, y recibió dones y partes del padre, según su medida: luego está escrito de manera absoluta, deficiente murió, y no se añade (lo que está escrito de Abraham) en buena vejez, anciano y lleno de días, y fue reunido a su pueblo. O de Isaac: Fueron los días de Isaac que vivió, ciento ochenta y cinco años, y deficiente Isaac murió, y fue reunido a su pueblo anciano y lleno de días (Ib. XXXV, 28, 29). Y también de Jacob: Y cesó Jacob de dar órdenes a sus hijos, y levantando los pies sobre la cama defecit, y fue reunido a su pueblo (Gén. XLIX, 32). De lo cual entendemos que es una cosa solo defecitar, y otra con defección tener muchas virtudes a la vez. Pero lo que primero dijo en general, defección defecitará de la faz de la tierra: después la Escritura divina lo dividió en partes, defecitará el hombre, y el ganado, defecitarán las aves del cielo, y los peces del mar. Son cuatro los que se ordenan defecitar, primero el hombre racional, luego tres que están sujetos al hombre, el ganado, y las aves, y los peces que creo que también se mencionan en el octavo salmo: Además, las bestias del campo: las aves del cielo y los peces del mar, que recorren las sendas del mar (Sal. VIII, 8). Pero lo que primero dijo, ovejas y bueyes todos, como principales de los ganados los separó, y con los que quedaron de los ganados no quiso numerarlos. Defecitará, pues, el hombre, defecitarán los ganados, defecitarán las aves del cielo, defecitarán los peces: y no dijo, defecitarán las bestias, defecitarán los reptiles de la tierra. Pues estos no deben defecitar, sino perecer; pero defecitarán aquellos que pueden tener corrección. Así como defecitaron las cosas de mujer de Sara, y se ordena a Abraham que escuche todo lo que Sara le ordene (Génesis XVIII, XXI). Defecita alguien como hombre, si desprecia lo humano, y no muere más como hombre, y escucha: Yo dije, dioses sois (Sal. LXXXI, 6). Defecita otro como ganado, quien ascendiendo a cosas más altas no es acusado por la palabra profética: El hombre, cuando estaba en honor, no entendió, fue comparado a los ganados insensatos, y se hizo semejante a ellos (Sal. XLVIII, 21). Defecita como 678 ave del cielo, quien se hace alas de águila, y regresa a la casa de su maestro rico, y dejando toda pobreza (Prov. XXIII). Defecita como pez del mar, quien capturado por las redes del Señor, es separado con los buenos peces (Mat. XIII). Cuando estas cosas se hayan llevado a cabo según el mandato del Señor, se debilitarán los impíos, no teniendo tanto vigor como antes. Pero también se quitarán los inicuos, no dijo, serán muertos; sino, se quitarán, para que convertidos a mejores cosas,

de la impiedad y la iniquidad, trasladados a la piedad y la justicia, comiencen a ser lo que antes no eran. Esto según la tropología. Pues debemos también poner la interpretación de los Mayores. Ya [Al. Sin embargo] estará en el arbitrio del lector, si quiere que lo que se ha dicho suene a severidad, o a clemencia.

(Vers. 4 seqq.) Y extenderé mi mano sobre Judá y sobre todos los habitantes de Jerusalén: y destruiré de este lugar los restos de Baal, y los nombres de los sacerdotes idólatras junto con los sacerdotes, y a aquellos que adoran en los techos al ejército del cielo, y adoran y juran por el Señor, y juran por Melcom: y a los que se apartan de seguir al Señor, y a los que no han buscado al Señor ni lo han investigado. LXX: Y extenderé mi mano sobre Judá, y sobre todos los que habitan en Jerusalén: y quitaré de este lugar los nombres de los Baales, y los nombres de los sacerdotes junto con los sacerdotes, y a aquellos que adoran en los techos al ejército del cielo, y a aquellos que juran por el Señor, y juran por su rey, y a aquellos que se apartan del Señor, y que no buscan al Señor, y que no retienen al Señor. Después de las ruinas de los impíos, y de la eliminación de los inicuos de la faz de la tierra, se dice consecuentemente contra Judá y contra Jerusalén en persona del Señor: Y extenderé mi mano sobre Judá y sobre todos los habitantes de Jerusalén (pues la extensión de la mano muestra el gesto de quien golpea): y destruiré de este lugar los restos de Baal: No que según los LXX los nombres de los Baales deban ser completamente erradicados; sino que según el hebreo amenaza con quitar a sus adoradores del pueblo que pocos de la matanza de los enemigos habían quedado en Judá y Jerusalén. También los nombres de los sacerdotes idólatras junto con los sacerdotes, porque Judá y Benjamín habían llegado a tal impiedad, que en el Templo del Señor (según escribe Ezequiel, y muestra el cuarto libro de los Reyes) habían erigido una estatua de Baal, a la que el Señor llama imagen de los celos, y en el mismo santuario habían venerado ídolos y al Señor al mismo tiempo (Ezequiel VIII). Por lo cual, significativamente, a los sacerdotes de los ídolos no los llamó sacerdotes, sino *τεμενίτας*, es decir, aedituos, o fanáticos (IV Reyes X y XVII), lo que en hebreo se dice ACCHUMARIM (). Y así, tanto a los aedituos como a los antiguos sacerdotes de Dios, y a aquellos que en las azoteas adoraban al ejército del cielo, al sol y la luna y las demás estrellas, y a aquellos que juraban en el nombre del Señor, y en el nombre del ídolo de los amonitas Melcom (que los LXX tradujeron como rey) el Señor los quitará de Jerusalén, o los destruirá, pues se entiende en común. Y destruiré de este lugar los restos de Baal, y destruiré los nombres de los aedituos junto con los sacerdotes, y destruiré a aquellos que adoran en los techos al ejército del cielo, y destruiré a aquellos que adoran y juran por el Señor, y juran por Melcom, y destruiré a aquellos que se apartan, o se desvían de seguir al Señor, y que no lo buscan, o no lo retienen. Se apartan de seguir al Señor Israel, quienes dejando su culto juran por Melcom, y adoran al ejército del cielo, y veneran al ídolo Baal de los sidonios. Hasta aquí se ha expuesto el sentido histórico: veamos también la anagogía. Por el Señor que nació de la tribu de Judá, y por Jerusalén en la que reinó Judá, es decir, el Señor y Salvador, digamos que cuando se multiplique la iniquidad, y se enfríe la caridad de muchos, y al venir el Señor, la fe rara aparezca en la tierra, tanto que incluso los elegidos de Dios sean tentados (Mateo XXIV, Lucas XVIII): entonces el Señor extenderá su mano para el castigo de los pecadores sobre Judá, que parece confesar el nombre del Señor, y sobre Jerusalén, la Iglesia que ha obtenido su nombre de la paz, y quitará de la Iglesia los nombres de los Baales, que se interpreta como en los más altos. El Señor quitará los nombres de la vana gloria y la falsa admiración, que se mueven en la Iglesia, en la que según Santiago, se honra al que tiene un anillo de oro, y se desprecia al pobre, cuando a la llegada del juez y senador, y en común de todos los ricos, todo el pueblo se levanta, y al pobre santo ni siquiera se le concede un lugar para estar entre las multitudes de los poderosos, y las asambleas de ellos; pero también los nombres de los sacerdotes junto con los sacerdotes

que en vano se aplauden a sí mismos en el nombre episcopal, y en la dignidad del presbiterio, y no en la obra (Santiago II). Por lo cual, significativamente no dice, y las obras de los sacerdotes junto con los sacerdotes, sino, los nombres: que solo llevan falsos nombres de dignidades, y con malas obras destruyen sus nombres, y a aquellos que adoran en los techos al ejército del cielo, que se elevan contra el conocimiento de Dios; y todo lo que se lleva a cabo en el mundo, prometiéndose una ciencia ficticia, lo refieren a los nacimientos y puestas de las estrellas, y siguen los errores de los matemáticos, y a aquellos que adoran al Señor y a Melcom, que piensan que pueden servir al mundo y al Señor al mismo tiempo, y satisfacer a dos señores, a Dios y a Mammón: que militando para Cristo, se obligan a los negocios seculares, y ofrecen la misma imagen a Dios y al César, y aunque dicen ser sacerdotes de Cristo, consagran a sus hijos a Melcom, es decir, a su rey (II Timoteo II). Pues tienen correctamente un rey humano, quienes han perdido al rey Señor, y que por malas obras se desvían del Señor, y no lo buscan, retienen sus pecados huyendo. Si alguien quiere entender esto mismo según la interpretación de los nombres de Judá y Jerusalén sobre el alma de cada uno, no errará, que el Señor quite todo lo que hemos dicho, ya sea en la consumación del mundo, o en la salida de cada uno, cuando oigan: Necio, esta noche se te quitará el alma (Lucas XII). Y extienda su mano sobre aquel que no confiesa al Señor, y sobre aquel que se jacta de tener el sentido de la paz, para quitar y destruir de tal Jerusalén toda soberbia, y falsos cultos a Dios, y errores de varios dogmas, y servidumbre a Dios y al mundo, y por pecados cotidianos, la aversión al Señor y el descuido en Dios.

(Vers. 7.) Callad ante la faz del Señor Dios, porque el día del Señor está cerca, porque el Señor ha preparado un sacrificio: ha santificado a sus llamados. LXX: Temed ante la faz del Señor Dios, porque el día del Señor está cerca, porque el Señor ha preparado su víctima: ha santificado a sus llamados. En lugar de lo que los LXX tradujeron, temed, nosotros hemos puesto, callad, en hebreo es una interjección de quien ordena silencio, que a menudo usan también los cómicos; pero también se ordena absolutamente silencio en todos, porque viene el día del Señor. Entendamos el día del Señor como el día de la cautividad y la venganza sobre el pueblo pecador, y el sacrificio de la subversión de Jerusalén, y la santificación de aquellos que ha dedicado a la matanza, según lo que se dice en Jeremías: Santificalos en el día de su matanza (Jeremías XII, 3). Y el sentido es: Viene contra el pueblo impío la cautividad predicha hace tiempo, ya está cerca. Pues la profecía se teje bajo el rey Josías: muerto este, temed ante la faz del Señor Dios, porque el día del Señor está cerca, porque el Señor ha preparado su víctima, ha santificado a sus llamados. Viene toda la devastación, de la que también en Ezequiel: Viene, dice, el fin: el fin viene (Ezequiel VII, 2), y demás. Esta es la víctima que me agrada, estas son las víctimas que he santificado. Pero esto que dice, ha santificado a sus llamados, también puede entenderse de los babilonios, a quienes llama incluso sus siervos en venganza del pueblo, vindicando su injuria. He llamado, dice, a Nabucodonosor mi siervo (Jeremías XXV, 9). Y en el mismo volumen, no solo siervo, sino también lo llama paloma: Ante la espada de la paloma (Ibid., 30). Por otro lado, según la tropología, porque la faz del Señor está sobre los que hacen el mal, para borrar de la tierra su memoria, y el día del juicio está cerca (porque en comparación con la eternidad todo el tiempo de este siglo es breve) o la salida de cada uno: teman todos, y callen, para que la faz del Señor (de la que el santo dice (Salmo IV, 7): Se ha sellado sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor) no consuma el heno de los pecadores, la paja, la madera. Porque el Señor ha preparado su sacrificio, todo el misterio levítico, cuando por el fuego y la efusión de sangre, y la verdadera oblación serán salvos, los que han de ser salvados, y serán santificados los llamados. Algunos de los nuestros entienden el día del Señor y su sacrificio, y la santificación de los llamados, en la venida del Salvador, cuando fue inmolado el Cordero, y en su sangre fueron santificados los apóstoles, y los demás que fueron llamados por ellos.

(Vers. 8, 9.) Y será en el día del sacrificio del Señor, visitaré sobre los príncipes, y sobre los hijos del rey, y sobre todos los que están vestidos con ropa extranjera. Y visitaré a todos los que arrogantemente entran sobre el umbral en ese día: que llenan la casa del Señor su Dios con iniquidad y engaño. LXX: Y será en el día del sacrificio del Señor, y me vengaré sobre los príncipes, y sobre la casa del rey, y sobre todos los que están vestidos con vestiduras ajenas: y me vengaré sobre todos manifiestamente, que están en los vestíbulos en ese día, que llenan la casa del Señor su Dios con impiedad y engaño. En el día de la cautividad judía, cuando todo el pueblo será inmolado, el Señor visitará, y sobre los príncipes que bebían sidra por la mañana, y sobre los hijos del rey, o todos de la estirpe real, o ciertamente propiamente los hijos de Josías, que leemos que fueron o muertos o capturados, y sobre todos los que están vestidos con ropa extranjera, es decir, que en lugar del culto a Dios han venerado ídolos. Y sobre todos los que arrogantemente entran sobre el umbral en ese día, es decir, contra los soberbios, que con cierto orgullo y ceño de dignidad, ascienden los escalones del templo y el umbral del santuario. Por otro lado, porque en lo que hemos interpretado, que arrogantemente entran sobre el umbral, puede entenderse según el hebreo, que saltan el umbral: y esto debe entenderse históricamente, me vengaré sobre ellos, que según el primer libro de los Reyes no pisan el umbral de los ídolos, sirviendo a supersticiones, que han llenado la casa [Al. templo] del Señor su Dios no solo con el culto a los ídolos, sino con iniquidad y crimen y toda mentira, para que al error de la religión se uniera también la iniquidad sobre los súbditos y el prójimo con la mentira. Pero porque una vez comenzamos a exponer también tropológicamente: El Señor visitará en la venida y pasión del Salvador, es decir, en el día del sacrificio de su Hijo sobre los Pontífices y Sacerdotes del pueblo judío, y sobre la casa real. Pues hasta ese tiempo perseveraron los reyes de Judá de la estirpe de David, según la profecía de Jacob: No faltará príncipe de Judá, ni jefe de sus lomos, hasta que venga aquel a quien está reservado, y él será la esperanza de las naciones (Génesis XLIX, 10). Después del sacrificio del Señor, el reino fue quitado a los judíos. Y sobre todos, dice, que están vestidos con vestiduras ajenas, que se apartaron de la protección y vestimenta de Dios, y se cubrieron con su error. Y me vengaré sobre todos manifiestamente que están en los vestíbulos, es decir, que han salido del templo de Dios: y cuando deberían estar dentro, por sus pecados han salido fuera, y se han apartado de la Iglesia de Dios, llenando su templo de impiedad y engaño. Esto se entiende en el primer advenimiento del Salvador. Pero porque ya hemos expuesto sobre la consumación del mundo y el día del juicio, que todos interpretan como el día del Señor: debemos saber que en ese tiempo el Señor visitará sobre los príncipes, y sobre los pastores, que comen la leche de las ovejas, esquilando las lanas, no se preocupan por la destrucción del rebaño, y sobre los hijos del rey que se jactan de ser cristianos, y que se glorían de ser hijos del rey Cristo: y sobre todos los que están vestidos con vestiduras ajenas. La vestidura de los hijos del rey y de los príncipes es el indumento, Cristo es [Al. de Cristo y hemos recibido], que recibimos en el bautismo, según aquello: Vestíos de Cristo Jesús (Romanos XIII, 14). Y: Vestíos de entrañas de misericordia, bondad, humildad, mansedumbre, paciencia (Colosenses III, 12), y demás. En los cuales se ordena, que nos vistamos del nuevo hombre celestial, según nuestro Creador, y desechemos el indumento del hombre viejo con sus obras (Efesios IV). Cuando, por tanto, debemos vestirnos con tales vestiduras, por misericordia nos vestimos de crueldad; por paciencia, de impaciencia; por justicia, de iniquidad. Y para decirlo de una vez, por virtudes, de vicios; es decir, por Cristo, de Anticristo. Por lo cual se dice de un hombre de este tipo: Y se vistió de maldición como de vestidura (Salmo CVIII, 18). También el Señor se vengaré manifiestamente en su advenimiento, incluso sobre aquellos que con buenas obras deberían estar en la Iglesia, se han echado fuera por su mala conducta, y entregados a Satanás se encuentran en los vestíbulos, o más bien ni siquiera en los vestíbulos, sino ante los vestíbulos: lo que más significativamente en griego se dice ἐπὶ τὰ πρόπυλα. Y

sobre todos se vengará, que con diversas iniquidades y pecados llenan la Iglesia, y con impiedades y mentiras, y mezclan sangre con sangre. Si queremos entender esto mismo sobre las almas de cada uno, príncipes y casa del rey, entendamos como λογισμοὺς [Al. añade καὶ αἰσθήσεις], es decir, pensamientos y sentidos, y el alma misma, que debe ser la morada del rey: y según la exposición anterior también las vestiduras ajenas, y todo lo que sigue, lo refiramos a cada uno de los creyentes, que cuando debieron estar vestidos de Cristo, y siempre estar dentro, se han cubierto con diversas vestiduras de pecados, y han salido de la Iglesia, es decir, de la congregación de los santos, llenando el templo de su cuerpo con iniquidad y engaño.

(Vers. 10.) Y será en ese día, dice el Señor, voz de clamor desde la puerta de los peces, y aullido desde la segunda, y gran destrucción desde las colinas. LXX: Y será en ese día, dice el Señor, voz de clamor desde la puerta de los compungidos, y aullido desde la segunda, y gran destrucción desde las colinas. En el día del sacrificio del Señor cuando extienda su mano sobre Judá y sobre todos los habitantes de Jerusalén, y el ejército enemigo la haya rodeado, habrá voz de clamor desde la puerta de los peces y aullido desde la segunda, y gran destrucción desde las colinas. Llamaban puerta de los peces a la que conduce a Diospolis y Joppe, y era la más cercana al mar entre todas las vías de Jerusalén, de la cual también refiere Esdras: Pero la puerta de los peces la edificaron los hijos de Asnaa, ellos la cubrieron, y colocaron las puertas, y los cerrojos y las barras (II Nehemías III, 3). Lo que dice, y aullido desde la segunda, se refiere a la puerta del segundo muro en el mismo clima, de la cual también está escrito en el libro de los Reyes: Y fue el sacerdote Helcías, y Ahicam, y Acabor [Al. Acobor], y Safán, y Asaias a la profetisa Hulda, esposa de Sellum hijo de Tecua, hijo de Haras, guardián de las vestiduras, y ella habitaba en Jerusalén en la segunda (IV Reyes XXII, 14). La gran destrucción desde las colinas habla de la mente de Sion y la parte más alta de la ciudad: porque cuando las partes más altas y la fortaleza de la ciudad han sido ocupadas, el descenso es más fácil hacia lo bajo. Si queremos entender ese día que el Señor amenaza, como el día del juicio como hemos dicho antes, en ese tiempo cuando el Anciano de Días se sienta, y se abran los libros, y se revelen las conciencias de cada uno: entonces se cumplirá la voz de clamor desde la puerta de los compungidos (Daniel VII). La primera puerta será la de los ojos, por la cual se nos mostrarán los pecados ante nuestros ojos, y toda la pompa e imagen de los antiguos crímenes y vicios y lujuria se presentará en medio. Entonces será verdad lo que está escrito: He aquí el hombre y sus obras ante su rostro. Entonces la conciencia lo atormentará, y después de que compungido clame desde la primera puerta de los ojos, también aullará desde la segunda, que podemos entender como los oídos. Pues por estos sentidos principalmente, por los cuales los vicios se habían infiltrado, se sentirá su castigo, cuando veamos lo que hicimos y enseñados por la palabra, escuchando todo el orden de los pecados, seremos compelidos al aullido, y se romperá en nosotros todo lo que fue elevado, y por la ceguera y los oídos sordos era ignorado por nosotros. O ciertamente cuando las palabras sublimes y la erudición que viene de lo alto, nos rompan y quiebren, y se cumpla la obra: Rugía por el gemido de mi corazón (Salmo XXXIX, 9), para que el sacrificio a Dios sea un espíritu contrito (Salmo L); en nosotros, que somos hombres, y no hemos cometido pecados tan grandes, como para compararlos con montañas, las colinas son quebrantadas. En el diablo y sus ángeles, las alturas de las montañas serán quebrantadas. Muchos piensan que según la historia que hemos referido a los tiempos de los babilonios, debe entenderse del primer advenimiento del Salvador, cuando por los pecados excesivos, y el clamor del pueblo gritando: Su sangre sobre nosotros, y sobre nuestros hijos (Mateo XXVII, 25), Jerusalén fue rodeada por el ejército, y por dos osos, a saber, Vespasiano y Tito, la turba de niños burlones fue consumida (IV Reyes II). Esta interpretación ciertamente conviene más a nuestra fe, pero de tal manera que sepamos que también puede concordar con la historia anterior, o

ciertamente que la primera cautividad es un tipo de la segunda y perfecta destrucción de Jerusalén. También debe observarse (porque ADAGIM () claramente en hebreo, no significa puerta de los compungidos; sino puerta de los peces) alegóricamente, que la puerta de los peces está en Jerusalén, por la cual se introducen los buenos peces que han sido separados de los malos, y llorarán, mientras los demás entran, los que han quedado fuera. O ciertamente en el fin del mundo y en la consumación llorarán desde la primera puerta de los peces, los que no han guardado su bautismo; llorarán desde la segunda, los que no han hecho penitencia digna por sus pecados. Y habrá gran destrucción sobre las colinas, que no se han inclinado por sus pecados para someter su cuello, y lamentar sus crímenes. Pues por estas dos puertas del bautismo y la penitencia en Jerusalén, es decir, en la Iglesia de Dios, hay entrada o regreso.

(Vers. 11.) 686 Aullad, habitantes de la pila: ha enmudecido todo el pueblo de Canaán. LXX: Llorad, los que habitáis en la quebrada: porque se ha asimilado todo el pueblo de Canaán. La pila, que en hebreo se dice MACHTHES (), y que Aquila tradujo como εις τὸν ὄλμον, no debe leerse con la primera sílaba breve, para no pensar en una esfera, sino alargada, para saber que se refiere a la pila en la que se trituran los granos, un recipiente cóncavo, útil para los médicos, en el que propiamente se suelen machacar las cebadas. Alguien podría decir que entiende lo que significa la pila, pero quiere saber por qué se ha tomado en este lugar. Porque una vez se describe la ciudad capturada, y se dice: Voz de clamor desde la puerta de los peces, y aullido desde la segunda, y gran destrucción desde las colinas: ahora se mantiene el mismo orden de descripción, y se habla del aullido de aquellos que habitan en el valle de Siloé. Y la Escritura dice bellamente no los que habitáis en el valle, los que habitáis en el cobertizo; sino los que habitáis en la pila, porque así como los granos son triturados desde arriba con el mazo, así desde la puerta de los peces, y desde la segunda puerta, y desde las colinas, el ejército se precipitará sobre vosotros. Llamó al pueblo de Canaán al pueblo de los judíos, según lo que leemos en Daniel: Semilla de Canaán y no de Judá (Dan. XIII, 56); y a Jerusalén: Tu padre era amorreo, y tu madre hitita (Ezequiel XVI, 3); y en otro lugar: Canaán, en tu mano, balanza de iniquidad (Oseas XII, 7). Si quisiéramos, según ambas traducciones, tejer una tropología, correctamente se incitan al aullido y al llanto aquellos que habitan en los extremos de los sedimentos del pecado, y sumergidos en lo más profundo de sus crímenes dicen: Estoy hundido en el lodo profundo, y no hay, dice, sustancia (Sal. LXVIII, 2). De donde se añade: los que habitáis en la quebrada, es decir, el alma herida por muchas iniquidades, o la Iglesia, que ha sido desgarrada por cismas y herejías, y llora por cada herida a los hijos muertos. Pero lo que dice: Ha enmudecido, o se ha asimilado todo el pueblo de Canaán, significa que su blasfemia cesará en el día del juicio, y la boca que levantaron en alto, y la lengua que penetraba hasta la tierra, callará en eterno silencio. Y porque Jerusalén pecó, y por eso fue puesta en conmoción, el pueblo se llama Canaán, que se interpreta como 687 conmoción. No puede decir: Puso mis pies sobre la roca (Salmo XXXIX, 3); sino que siempre está incierto y fluctuante en movimiento. De donde también Noé, hombre santo, después de despertar de su sueño, por maldición impuso el nombre de Canaán, diciendo: Maldito sea Canaán, siervo será de sus hermanos (Génesis IX, 25). No solo se asimilan los pecadores a Canaán, sino que, por la calidad y diversidad del pecado, uno se asimila a Faraón, otro a Nemrod el gigante. Y por el contrario, por las buenas obras y virtudes, ya que también los caminos de las virtudes son diversos, uno asume el espíritu de Abraham, otro de Moisés, otro de Elías; por lo cual el Apóstol dice: Anhelad los mejores carismas (I Cor. XII, 31). Pero el que es perfecto, según esa perfección que la condición humana puede alcanzar, se señala con la semejanza de Dios.

Desaparecieron todos los envueltos en plata. LXX: Desaparecieron todos los que se erguían en plata. Los que, dice, confiaban en sus riquezas, y tenían tantas posesiones, que se consideraban envueltos y rodeados por sus riquezas. O ciertamente, según la LXX, los que se erguían en soberbia y despreciaban a los pobres, fueron devastados cuando llegó la ira. Y considera que no dijo: perecerán los que se erguían en plata; sino que ya ahora, antes de que les llegue el día del castigo, en el mismo hecho de que se enorgullecen, y siempre piensan en sus tesoros y les sirven, han perecido y caído. Quien entienda esto, creo que no deseará mucho las riquezas, en las que no perecerán, sino que han perecido los que se erguían. Tampoco debe pensarse que solo han perecido los que se erguían en plata, sino que según esta definición perecerá también aquel que se jacta de la nobleza de su linaje. Quien se gloria en dignidades, perecerá; quien se infla, perecerá; quien se gloria en la fortaleza del cuerpo, perecerá. perecerá quien, debilitado por la languidez femenina, nutre su cabello, arranca los pelos, pule la piel, y se adorna ante el espejo, lo cual es propiamente una pasión y locura de las mujeres. Pero si alguien quiere erguirse y enorgullecerse con una santa soberbia, que se erga con los apóstoles, cuando sea digno de sufrir afrenta por el nombre de Jesucristo, que se gloríe con el Apóstol, quien se regocijaba en 688 las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia, la paciencia esperanza, y la esperanza no defrauda (Rom. V).

(Vers. 12.) Y será en aquel tiempo, escudriñaré Jerusalén con lámparas, y visitaré sobre los hombres fijados en sus heces; que dicen en sus corazones, no hará bien el Señor, y no hará mal. LXX: Y será en aquel día, escudriñaré Jerusalén con lámpara, y me vengaré sobre los hombres que desprecian sus custodias, y dicen en sus corazones, no hará bien el Señor, y no hará mal. En el tiempo y en el día de la cautividad de Jerusalén, ya sea por los babilonios o por los romanos (porque abandonó la ley del Señor, y actuó impiamente contra el Señor su Creador), el Señor escudriñará con lámpara todos los secretos de Jerusalén, y no permitirá que ninguno escape sin castigo. Leamos las historias de Josefo, y allí encontraremos escrito, que de las cloacas, y de las cuevas, y de las tumbas, fueron extraídos príncipes y reyes y poderosos y sacerdotes, que se habían escondido en ellas por miedo a la muerte. Y visitaré, dice, sobre aquellos que confían en sus cuerpos, y en sus fuerzas, que irónicamente llama heces, o pecados, en los que estuvieron completamente fijados: que quitando la providencia, dijeron que Dios no era autor ni de lo bueno ni de lo malo: esto es, que no retribuiría lo bueno a los buenos, ni lo malo a los malos: sino que todo se regía por el arbitrio de la fortuna, y se llevaba por un azar incierto. En la consumación del mundo, porque se entiende que ese es el día del Señor, el Señor escudriñará Jerusalén, es decir, su Iglesia con lámpara: y se vengará sobre los hombres despreciadores, que no quisieron guardar sus custodias, es decir, despreciaron los mandamientos del Señor, y además razonando que pecaban, blasfemaron en sus corazones: que no serviría de nada hacer el bien, ni perjudicaría hacer el mal, porque Dios no restituiría ni la recompensa de las buenas obras, ni el castigo de las malas. Correctamente, pues, Jerusalén, es decir, la Iglesia (que antes se llamaba Jebus, que significa pisoteada), cuando era pisoteada por las naciones, y era el juguete de los demonios, se llamaba Jebus, y después de que comenzó a habitar en ella la paz del Señor, y su lugar fue hecho en paz, recibió el nombre de Jerusalén. Porque en el último tiempo, que ya hemos dicho muchas veces, multiplicada la iniquidad, se enfriará la caridad, y la luz del sol se apartará de Jerusalén, y habrá tal devastación, que difícilmente se salvarán incluso los elegidos de Dios (Mat. XXIV): entonces con la lámpara de su palabra y razón, el Señor escudriñará todos los vicios en Jerusalén, y los sacará a la luz, y de toda palabra ociosa se hará juicio y venganza, no sobre los pecadores (pues el pecado podría merecer perdón), sino sobre los despreciadores, de los cuales se dice en Habacuc: Mirad, despreciadores, y ved (Hab. I, 5); y en otro lugar: ¿Por qué no miras a los despreciadores?; Y luego: Pero el arrogante, y el despreciador, el hombre soberbio, y demás. Sobre estos se hará venganza, que no guardaron

las custodias del Señor, y dicen en sus corazones: No hará bien el Señor, y no hará mal: no porque Dios haga mal, sino porque el castigo parece ser malo para quien lo sufre. De lo contrario, también el bisturí del médico sería malo, porque corta las heridas, y amputa las carnes podridas. Y el padre sería malo, golpeando al hijo, para corregirlo de los vicios, y el maestro sería malo, reprendiendo al discípulo para educarlo: Porque toda disciplina al presente no parece ser de gozo, sino de tristeza: pero después dará fruto pacífico a los que por ella han sido ejercitados (Heb. XII, 11).

(Vers. 13, 14.) Y será su fortaleza en despojo, y sus casas en desierto. Y edificarán casas, y no habitarán: y plantarán viñas, y no beberán su vino. Cercano está el día grande del Señor: cercano está, y muy veloz. LXX: Y será su fortaleza en rapiña, y sus casas serán destruidas. Y edificarán casas, y no habitarán en ellas, y plantarán viñas, y no beberán su vino, porque cercano está el día grande del Señor: cercano y muy veloz. Es manifiesto que según ambas cautividades todo su ejército fue destruido, y sus casas derribadas, y sus campos y viñas devastados: ni la paciencia de Dios los postergó más. Pero cuando decían a los profetas, esto será en tiempo, y en días largos, les vino el día grande y muy veloz del Señor. Según la tropología, cuando venga el tiempo del juicio, o de la muerte de cada uno y su salida del mundo: entonces toda su fortaleza será en despojo, para que lo que valía mal, y se erguía contra el Señor, se vuelva débil y quebrado para mejor. Como si alguien despojara la fortaleza de un ladrón y un pirata y un ladrón, y los hiciera débiles, su debilidad les beneficia: porque los miembros debilitados que antes no usaban bien, cesarán de la mala obra. Pero lo que sigue: Y sus casas en desierto, hay muchos en la Iglesia edificando Sion en sangre, y Jerusalén en iniquidad, a quienes les beneficia que tales casas sean destruidas. Leamos Levítico, donde se ordena destruir la casa leprosa (Lev. XIV). Y porque la lepra es permanente y se difunde, se ordena que sus piedras y maderas y todo el polvo sean arrojados fuera de la ciudad a un lugar inmundo. Pero también al principio de Jeremías se escribe algo así, He aquí que he puesto mis palabras en tu boca: he aquí que te he constituido hoy sobre naciones, y reinos: para arrancar, y destruir, y dispersar, y edificar, y plantar (Jer. I, 9, 10). Se destruye la mala edificación, para que después se construya una buena edificación: se arranca la mala plantación, para que se ponga una plantación justa. De donde también leemos en Salomón: Mejor es habitar al aire libre, que en una casa de cal con iniquidad, y en una casa nueva (Prov. XXI, 9). Como buen Dios, pues, destruye las casas de aquellos que estaban fijados en sus heces, y decían en su corazón: No hará bien el Señor, y no hará mal, y no les permite habitar en casas leprosas e inmundas: ni hace que beban vino de las viñas que plantaron. Porque si hubieran plantado la viña de Sorec, y la viña escogida toda verdadera, habrían bebido su vino, y se habrían embriagado con el patriarca Noé y José al mediodía (Gén. IX y XLIII); pero porque dijeron: No hará bien el Señor, y no hará mal (Deut. XXXII, 32, 33), y su viña era de los sodomitas, y su linaje de Gomorra, Su uva es uva de hiel, y racimo de amargura para ellos: furor de dragones, su vino: y furor de áspides incurable (Jer. IX, 23), por eso plantaron viñas, y no beberán su vino. Y mística se dice de Sodoma y Gomorra, que toda su plantación pereció. Porque si hubieran permanecido en lo que comenzaron, para ser como el paraíso de Dios, y no hubieran terminado en mal, para ser como la tierra de Egipto, su plantación habría permanecido. Algo similar suena sobre los egipcios en los Salmos: Mató en granizo sus viñas, y sus moras en escarcha (Sal. LXXVII, 47). Como un Dios muy clemente, pues, destruyó y subvirtió toda plantación egipcia y arbolitos, que en Egipto tienen frutos sangrientos, para que no beban los que plantaron mal, y coman de ellos el fruto. Cercano está el día grande del Señor y muy veloz, al que nadie puede resistir: cercano está, ya sea por la eternidad, porque nada le es largo, o por la magnitud del castigo, porque al paciente nunca le parece lejano el castigo que se le va a infligir. O cercano, como dijimos antes, cuando salgamos del mundo, y la muerte de cada uno haga la

consumación del mundo; y no solo cercano, sino también muy veloz, para que la velocidad de su llegada se muestre en lo que se añade, muy.

(Vers. 15, 16.) Voz del día del Señor amarga: allí será atribulado el fuerte: día de ira, aquel día, día de tribulación y angustia, día de calamidad y miseria, día de tinieblas y oscuridad, día de nube y torbellino, día de trompeta y clamor sobre las ciudades fortificadas, y sobre los ángulos altos. LXX: Voz del día del Señor amarga y dura está puesta, fuerte: día de ira, aquel día, día de tribulación y necesidad, día de miseria y perdición, día de tinieblas y torbellino, día de nube y oscuridad, día de trompeta y clamor sobre las ciudades fortificadas, y sobre los ángulos altos. Según lo anterior, tómallo ya sea de la cautividad babilónica, o de la última que sufrieron a manos de los romanos, sobre la cual también el Señor lloró por Jerusalén, diciendo: Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados (Mat. XXIII, 37), y demás. Verdaderamente, pues, se exigió venganza desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías, a quien mataron entre el templo y el altar (II Crón. XXIV): y al final sobre el Hijo de Dios, diciendo: Su sangre sobre nosotros, y sobre nuestros hijos, experimentaron un día amargo: porque provocaron al Señor a la amargura: un día establecido por el Señor, en el que no cualquier débil, sino los hombres más fuertes serán abatidos, y vendrá sobre ellos la ira hasta el fin. Muchas veces, de hecho, soportaron la ira del Señor; pero esa ira no fue de consumación y fin (Mat. XXVII, 25). ¿Qué necesidad hay ahora de describir cuántas calamidades sufrieron en ambas cautividades, y cómo los que rechazaron la luz del Señor, se revolvieron en tinieblas y oscuridad, y los que no quisieron escuchar las trompetas de los días solemnes, escucharon el clamor [Al. clangor] de los guerreros? De las ciudades fortificadas y los altos ángulos de Judea, que [Al. que] han sido arrasados hasta el suelo, creo que es más juicio de los ojos que de los oídos: especialmente para nosotros que ahora estamos en esta provincia, es lícito ver, es lícito probar lo que está escrito. Apenas vemos pequeños vestigios de ruinas en las grandes ciudades de antaño. Silo, donde estuvo el tabernáculo y el arca del Testamento del Señor, apenas se muestran los cimientos del altar. Gabaa, aquella ciudad de Saúl, ha sido arrasada hasta los cimientos (Josué XVIII). Rama y Betorón y las demás ciudades nobles construidas por Salomón, se muestran como pequeñas aldeas. Leamos a Josefo y la profecía de Sofonías, veremos [Al. vemos] su historia: y esto no solo debe decirse de la cautividad, sino hasta el día presente, los colonos infieles después de la matanza de los siervos, y al final del Hijo de Dios, excepto el llanto, se les prohíbe entrar en Jerusalén, y para que se les permita llorar la ruina de su ciudad, compran con precio, para que los que una vez compraron la sangre de Cristo, compren sus lágrimas: y ni siquiera el llanto es gratuito para ellos. Verás en el día en que fue capturada por los romanos y destruida Jerusalén, venir al pueblo enlutado, confluir ancianas decrepitas, y ancianos cubiertos de harapos y años, en sus cuerpos y en su vestimenta demostrando la ira del Señor. Se congrega una multitud de miserables, y con el patíbulo del Señor resplandeciendo, y brillando su resurrección, desde el monte de los Olivos también ondeando el estandarte de la cruz, llorar las ruinas de su templo un pueblo miserable, y sin embargo no ser digno de lástima: aún el llanto en las mejillas y los brazos lívidos, y los cabellos desparramados, y el soldado exige su paga, para que se les permita llorar más; y alguien duda, cuando ve esto, del día de tribulación y angustia, del día de calamidad y miseria, del día de tinieblas y oscuridad, del día de nube y torbellino, del día de trompeta y clamor? Porque también tienen trompetas en el luto, y, según la profecía, la voz de la solemnidad se ha convertido en llanto. Aúllan sobre las cenizas del Santuario, y sobre el altar destruido, y sobre las ciudades que una vez fueron fortificadas, y sobre los altos ángulos del templo, desde donde una vez precipitaron a Santiago, el hermano del Señor. Estas cosas se han dicho de la cautividad de los judíos. Sin embargo, si referimos el día del Señor, como antes, a la consumación del mundo, o a la salida de la vida de cada uno, la interpretación será manifiesta, que la voz del día del Señor es

amarga, y llena de necesidad e ira, y allí será atribulado el fuerte: cuando incluso los santos serán salvados, pero sin embargo así como por fuego. Aquel día será día de tribulación, y angustia y calamidad, y miseria, en el que dirán: Ay de nosotros, porque hemos sido hechos miserables. Día de tinieblas: Porque todo el que hace mal, odia la luz, y no viene a la luz (Juan III, 20); y es necesario que quien odie la luz, lo sigan las tinieblas. Será día de nube y torbellino; porque vendrá sobre él la tempestad del Señor, y el clamor de la trompeta, que el Apóstol significa, diciendo: En la última trompeta (I Cor. XV, 52). Será día de trompeta y clamor sobre las ciudades fortificadas, que se habían edificado para sí en la multitud de pecados con Caín. Y sobre los ángulos altos, obras perversas y desviadas del camino recto del Señor (Al. desviadas del camino recto). De donde también son reprendidos por el Salvador los fariseos hipócritas, porque adoran (Al. oran) en los ángulos de las plazas (Mat. VI). Porque el camino recto y que lleva al paraíso es estrecho, y angosto es el que lleva a la vida. Pero el camino quebrado que tiene ángulos y es tortuoso, es ancho, y espacioso es el que lleva a la muerte (Mat. VII). Y al mismo tiempo, entre las palabras de severidad del Señor, observa la clemencia, que por eso el día es amargo, y día de ira, y día de tribulación, y día de trompeta y clamor, para que las ciudades mal fortificadas y los ángulos perversos sean destruidos.

(Vers. 17, 18.) Y angustiaré a los hombres, y caminarán como ciegos, porque pecaron contra el Señor: y su sangre será derramada como polvo, y sus cuerpos como estiércol: pero ni su plata ni su oro podrán librarlos en el día de la ira del Señor, y en el fuego de su celo será devorada toda la tierra: porque hará una destrucción completa y rápida a todos los habitantes de la tierra. LXX: Y angustiaré a los hombres, y caminarán como ciegos, porque pecaron contra el Señor, y su sangre será derramada como polvo, y sus carnes como estiércol de bueyes, y su plata y su oro no podrán rescatarlos en el día de la ira del Señor, y en el fuego de su celo será consumida toda la tierra: porque hará una destrucción completa y rápida sobre todos los habitantes de la tierra. No es difícil, según el sentido anterior, decir que Jerusalén sufrió esto, que soportó por la cruz del Señor: pues la visita del Señor se apartó de ella, y todos los hombres en toda Judea fueron angustiados, y por la magnitud de la presión caminaron como ciegos, sin saber qué hacer. Y esto lo sufrieron porque pecaron contra el Señor, es decir, el Hijo de Dios. Pues porque derramaron la sangre de los profetas y la sangre de Cristo, su sangre fue derramada como polvo en toda la región, y sus cuerpos quedaron insepultos, como estiércol sobre la faz de la tierra. También los ricos que acumularon plata y oro con gran iniquidad, no pudieron ser liberados con sus riquezas del día de la ira del Señor: pues el fuego del celo del Señor, encendido contra ellos, devoró toda la provincia. Y no fue mucho tiempo en medio: pues cuarenta y dos años después de la cruz del Señor, Jerusalén fue rodeada por un ejército, y su destrucción se realizó rápidamente, y no solo la de ella, sino la de todos los habitantes de la tierra de Judea. En la consumación, ya sea del mundo o de cada uno, todos los hombres que permanecieron como hombres serán angustiados, y morirán como hombres. Y caminarán como ciegos, porque perdieron la luz de las virtudes, y no tendrán lugar para el arrepentimiento: y esto lo sufrirán porque pecaron contra el Señor. Pues si el Señor es justicia, verdad, santidad, y las demás virtudes, cualquiera que haya actuado injustamente, mentido, y seguido la lujuria y los vicios, ha pecado contra el Señor. Pero lo que sigue: Y su sangre será derramada como polvo, y sus cuerpos como estiércol de bueyes, parece absurdo, que en la resurrección de los muertos, y en la consumación del mundo y el juicio, digamos que se derramará sangre y los cuerpos yacerán como estiércol. Por lo tanto, lo que se dice a Noé: Y requeriré la sangre de vuestras almas de la mano de todas las bestias, y de la mano del hombre, y de la mano del hermano requeriré el alma del hombre, quien derrame sangre de hombre: por su sangre será derramada su sangre (Génesis IX, 5, 6), y creer

esto en la resurrección es ridículo, y en esta vida no puede sostenerse. Pues cuántos han derramado sangre, y su sangre no ha sido derramada? y otros han matado a un hombre con veneno, o ahorcamiento, y sin embargo, cuando el hombre ha muerto, no se ha derramado sangre? ¿Cómo, pues, el Señor derramará su sangre en talión, cuando aquel que mató no derramó sangre? Por lo tanto, la sangre del hombre, τὸ ζωτικὸν αἷμα, es decir, vital, que lo anima, sostiene y vive, debe entenderse: que quien la derrame, ya sea por escándalo, o por perversidad de doctrina, en el día del juicio será derramada de él, es decir, lo que parecía tener como vital, se verá obligado a perderlo. Según este tipo de sangre, también se entiende la carne, de la cual Isaías dice: Toda carne es hierba (Isaías XL, 6). Y en Génesis el Señor: No permanecerá mi espíritu en estos hombres, porque son carne (Génesis VI, 3). Y el Apóstol, de ambos: La carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios: ni la corrupción heredará la incorrupción de Dios (I Cor. XV, 50). En el día de la consumación, ya sea general o especial, toda sangre que ha sido derramada clamará al Señor, y aparecerá en medio, y las obras de la sangre y terrenales yacerán como polvo y estiércol, y la plata y el oro no podrán liberar a los ricos del día de la ira, oyendo aquel que muere: Necio, esta noche te será requerida tu alma; lo que has preparado, ¿de quién será? (Lucas XII, 20). No que neguemos que el oro y la plata liberen a los ricos de la muerte: Porque la redención del alma del hombre son sus propias riquezas (Proverbios XIII, 8); sino que en ese tiempo no podrán liberar, cuando las riquezas se dejan por necesidad. Pues toda la tierra y todo lo que es terrenal será devorado por el celo del Señor. Y lo que dice, celo, entiende aún al Señor amando. Pues si no amara el alma humana, nunca se celaría por ella: y a semejanza de un esposo, vengaría el pecado de la esposa, quien, si no la amara, no se enojaría por su adulterio. Y esto hará el Señor rápidamente a todos los habitantes de la tierra, a aquellos que se han entregado completamente a la tierra, y no fueron extranjeros y peregrinos, como el justo que dice: Soy extranjero en la tierra, y peregrino como todos mis padres (Salmo XXXVIII, 13). Y de nuevo en otro lugar, no queriendo habitar más en el tabernáculo de la carne, testifica con voz llorosa, diciendo: ¡Ay de mí, porque mi peregrinación se ha prolongado! (Salmo CXIX, 5). Pues los que estamos en el tabernáculo de este cuerpo, gemimos quejándonos: Miserable de mí, ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte? (Romanos VII, 24).

(Cap. II.---Vers. 1, 2.) Reuníos, congregaos, nación no deseada: antes de que el decreto dé a luz como polvo que pasa el día: antes de que venga sobre vosotros la ira del furor del Señor, antes de que venga sobre vosotros la ira de la indignación del Señor. LXX: Reuníos y congregaos, nación no instruida: antes de que seáis como una flor que pasa el día: antes de que venga la ira del Señor sobre vosotros: antes de que os alcance el día de la ira del furor del Señor. Después de la descripción de los males que vendrán en el día del Señor (según la doble exposición de la cautividad que mencionamos antes), el pueblo es llamado al arrepentimiento, y se le dice: Reuníos y congregaos, o, como está escrito en la LXX, uníos, es decir, estad unidos por el vínculo de la caridad (según el Apóstol): nación no deseada, que eres indigna del amor de Dios: o nación no instruida, de la cual se dice en Deuteronomio: Pueblo necio y sin sabiduría (Deut. XXXII, 6). Y en Jeremías: En vano he golpeado a vuestros hijos, no recibisteis disciplina (Jer. II, 30), antes de que se cumpla lo profetizado, antes de que el mandato siga su efecto (que vendrá tan fácilmente como el polvo que pasa), antes de que se complete sobre vosotros el furor del Señor. Al mismo tiempo, observa la clemencia de Dios: habría sido suficiente para los prudentes describir el ímpetu de los males venideros; pero como no quiere infligir castigos, sino solo asustar a los que los sufrirán, él mismo llama al arrepentimiento, para no hacer lo que ha amenazado. Generalmente, toda la multitud de creyentes, y aquellos que son llamados pueblo de Dios, se congregan en la Iglesia, y se les dice: Reuníos en la Iglesia, uníos en caridad y paz, oh nación no instruida, que no quieres recibir la disciplina de Dios, ni tener conocimiento de sus mandamientos; sino

que te deleitas en las riquezas y la salud y belleza del cuerpo de este siglo, y en los placeres de la carne, que pasan como una flor que se marchita en un día. Por eso os digo, reuníos, uníos, para que cuando venga el tiempo del juicio, y toda vuestra gloria haya pasado: entonces queráis arrepentiros, cuando no habrá lugar para el arrepentimiento, sino para los castigos. Alguien podría preguntar cómo esto mismo puede entenderse sobre cada uno que parte de este mundo. Se dice, por lo tanto, a cada uno: Oh tú, que ocupado en los negocios del mundo, corres de un lado a otro, vuelve a la Iglesia de los santos, y únete a la vida y compañía de aquellos que ves agrandar a Dios, y reúne los miembros disueltos de tu alma que no se adhieren entre sí en una sola estructura de sabiduría, y aférrate a su abrazo, y escucha mística: Fortaleced las manos caídas: rodillas débiles, sed firmes (Isaías XL, 7): y no te gloríes en los bienes de la carne, y en su flor que pasa: Porque toda carne es hierba, y toda su gloria como la flor de la hierba. Se secó la hierba, y la flor cayó: pero la palabra del Señor permanece para siempre. Podemos usar este capítulo para el momento: si alguna vez vemos a alguien ocupado en los honores del mundo y en acumular riquezas, que rara vez o nunca viene a la Iglesia, y decirle, reúnete y únete al pueblo de Dios, que no escuchas los mandamientos del Señor, antes de que tu gloria pase, antes de que te llegue el día de la ira del Señor.

(Vers. 3, 4.) Buscad al Señor, todos los mansos de la tierra, que habéis practicado su juicio: buscad justicia, buscad mansedumbre, si de alguna manera os escondéis en el día de la ira del Señor. Porque Gaza será destruida, y Ascalón será un desierto. Azoto será expulsada al mediodía, y Ecrón será desarraigada. LXX: Buscad al Señor, todos los humildes de la tierra: practicad juicio, y buscad justicia, y responded a ellas, para que seáis protegidos en el día de la ira del Señor, porque Gaza será saqueada, y Ascalón será un desierto: y Azoto será arrojada al mediodía, y Ecrón será desarraigada. Se llama humilde de la tierra, no al que tiene humildad, que suena a virtud, sino al que ha sido humillado por sus pecados, y no puede decir con Cristo: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón (Mateo XI, 29). Porque todo el que se humilla, será exaltado. Y en otro lugar, el discurso se dirige al santo: cuanto más grande seas, más humíllate a ti mismo, y ante Dios hallarás gracia (Eclesiástico III). Pero el que ha sido humillado por sus pecados, y está agobiado por la conciencia de sus delitos, y dice: Como carga pesada, se han agravado sobre mí (Salmo XXXVII, 5), este debe escuchar: Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar (Mateo XI, 28). Esto se dice al principio según los intérpretes de la LXX. Sin embargo, según el hebreo, hay otro sentido. Se dice a los santos: Oh vosotros, que guardáis mis mandamientos, que estando en la tierra, y sabiendo que todo el que se humilla será exaltado, habéis imitado mi mansedumbre, y habéis practicado el juicio, buscad al Señor en vuestra mansedumbre. Y si queréis saber quién es este Señor, buscad justicia, buscad mansedumbre: Porque el Padre ha dado todo juicio al Hijo (Juan V, 22), quien juzgará justamente. Y porque sois mansos, por eso buscad al manso, para que lo que falte en vuestra mansedumbre, sea llenado por aquel que es la fuente de la mansedumbre. Esto os digo: Si de alguna manera os escondéis en el día de la ira del Señor, es decir, si por haber buscado al Señor, y practicado su justicia, podéis evitar la ira del día venidero, y escapar de la cautividad, que será infligida por Nabucodonosor, o por los romanos al pueblo de los judíos. Si, sin embargo, duda de aquellos que han hecho sus juicios, diciendo: Si de alguna manera os escondéis en el día de la ira del Señor, ¿qué será de los pecadores? Pues vendrá tal devastación sobre la tierra de Judea, y un ejército babilonio tan poderoso ascenderá aquí, que incluso las ciudades más poderosas de los filisteos, que siempre os resistieron con igual combate, serán alcanzadas por la misma cautividad. Porque Gaza será destruida, y Ascalón será reducida a soledad, y Azoto, no por robo, sino por guerra, es decir, a plena luz y victoria, será llevada a cautividad: y Ecrón, que se interpreta como desarraigo, sufrirá lo que su nombre significa, es decir, será desarraigada.

Esto según la letra y la verdad hebrea. Según los Setenta, se ordena a los humildes de la tierra, de los cuales se ha dicho antes, que practiquen el juicio, y busquen la justicia, que no creo que sea otra que Cristo. Y porque todo el que busca, encuentra (Mateo VII, 8), lo que encuentren, que lo respondan a otros, es decir, que enseñen a otros: Porque la sabiduría escondida, y el tesoro no visible, ¿qué utilidad hay en ambos? (Eclesiástico XX, 32). Y esto, dice, os mando, para que en el día de la ira del Señor seáis protegidos, ya sea en la consumación del mundo, o en la salida de cada uno del siglo, porque Gaza y Ascalón, y Azoto, y Ecrón sufrirán diversos castigos: Gaza se interpreta como su fortaleza. Todos, pues, los que se jactan de la fortaleza del cuerpo y el poder secular, y dicen con el diablo, con fortaleza lo haré, serán saqueados en el día de la ira del Señor, y reducidos a nada. Ascalón también, que se dice ponderada, o fuego homicida, cuando venga el día de la ira del Señor, sentirá la medida de su crimen, y será oprimida con el mismo peso con que ha obrado, y porque ardió para derramar sangre, y escandalizó a muchas almas, y se cumplió en ella: El hombre sanguinario y engañoso lo abominará el Señor (Salmo V, 7), no será saqueada como Gaza, sino que reducida a soledad, será quemada hasta el polvo por los fuegos del infierno. También Azoto, que en hebreo se dice ESDOD (), y en nuestra lengua significa fuego de generación, será devastada a plena luz: pues ardió en lujuria, y se desbordó en el incendio de la generación. Y porque todos los que adulteran son como un horno sus corazones (Oseas VII), y han sido heridos por flechas ardientes, no en tinieblas, no en juicio oculto; sino al mediodía, es decir, cuando los santos reciban plena claridad, serán arrojados a las tinieblas, y no tendrán la compañía de los santos. Pero Ecrón, que se interpreta como esterilidad, o desarraigo: porque no tuvo frutos y con la perversidad de su doctrina desarraigó a muchos, también será desarraigada. Entiende todas estas variedades en los vicios y pecados de las almas, y porque la obra de cada uno, cual sea, el fuego lo probará en el día del juicio (I Cor. III).

(Vers. 5-7.) ¡Ay de los que habitan el cordón del mar, nación de perdición: la palabra del Señor está sobre vosotros, Canaán, tierra de los filisteos: y te destruiré de tal manera que no haya habitante. Y el cordón del mar será descanso de pastores, y redil de ovejas: y será el cordón de los que queden de la casa de Judá: allí pastarán, en las casas de Ascalón descansarán al atardecer: porque el Señor su Dios los visitará, y revertirá su cautiverio. LXX: ¡Ay de los que habitan el cordón del mar, extranjeros de los cretenses: la palabra del Señor está sobre vosotros, Canaán, tierra de los alófilos, y os destruiré de la habitación. Y Creta será pasto de rebaños, y redil de ovejas, y será el cordón del mar para aquellos que queden de la casa de Judá: sobre ellos pastarán en las casas de Ascalón: después del mediodía se apartarán ÷ de la presencia de los hijos de Judá ** porque el Señor su Dios los visitará, y revertirá su cautiverio. En cuanto a la historia, no es difícil de interpretar, porque en lo anterior había dicho: Gaza será destruida [Al. desierta], y Ascalón en desierto: Azoto al mediodía será echada [Al. derribada], y Ecrón será desarraigada. Nombradas las cuatro grandes ciudades de Palestina, ahora el discurso del Señor se dirige en general a la provincia misma, y se le predice: ¡Ay de los que habitan el cordón del mar, con la llegada del babilonio; porque también aquellos que habitan junto al mar perecerán y serán llevados. Que la tierra de los filisteos sea la tierra de Canaán, no es dudoso para nadie. Y te destruiré, dice, de tal manera que no haya habitante: y llegarás a tal desolación, que te alegrabas en la ruina de Judea, que todas tus ciudades más fortificadas serán rediles de pastores. Y después que el Señor haya visitado a su pueblo, y los haya hecho regresar bajo Zorobabel y Jesús, y hayan edificado el templo, y reconstruido Jerusalén, tú estarás tan inculta, y tan cubierta de zarzas y ortigas, que los pastores de los restos de los judíos descansarán en Ascalón después del mediodía, y en la ciudad que una vez fue noble harán reposar sus rebaños, y esto sucederá,

porque el Señor visitará a su pueblo, y revertirá su cautiverio, lo cual si ha sucedido o no, Dios lo verá. Pues no es nuestro propósito ahora tejer la verdad de la historia; sino dar a conocer a los nuestros lo que hemos recibido de los hebreos. Según el sentido espiritual y la traducción de los LXX, la inteligencia es difícil, sobre todo porque también en la interpretación discrepan. Donde nosotros hemos traducido, nación de perdición, ellos dijeron, extranjeros de los cretenses: y lo que en hebreo está escrito GOI CHORETHIM (), en lugar de GOI, es decir, nación, leyeron GAR, esto es, extranjero: y en lugar de CHORETHIM, que se dice, de perdición, pensaron que era el nombre de la isla de Creta. Finalmente, tanto Aquila como la quinta edición lo interpretaron como ἔθνος ὀλέθριον: Y Teodoción ἔθνος ὀλεθρία: también Símaco ἔθνος ὀλεθρευόμενον, que todos concuerdan con nuestra interpretación. Nuevamente, donde dijimos, Y el cordón del mar será descanso de pastores, y todos los intérpretes concordaron con esta traducción, está escrito en los LXX: Y Creta será pasto de rebaño, y redil de ovejas. Así pues, comparando lo espiritual con lo espiritual, y manteniendo una vez el camino comenzado de la edición Vulgata, buscamos si en otro lugar de las Escrituras santas hemos leído el nombre de Creta. Y, si no me equivoco, está a la vista: Los cretenses siempre mentirosos: malas bestias, vientres perezosos: este testimonio es verdadero (Tit. I, 12, 13). Los que fluctúan y son llevados por todo viento de doctrina en el engaño de los hombres, en la astucia del error: estos cuando debieron habitar en la tierra de la confesión, es decir, en la tierra de Judea, quisieron más bien ser extranjeros de los cretenses, que son golpeados aquí y allá por las diversas olas del mar, y resuenan con el bronce de los coribantes, y son, según el Apóstol, como címbalo que retiñe (I Cor. XIII, 1). Y porque son extranjeros de los cretenses, por eso la palabra de Dios, es decir, la amenaza se dirige a ellos: y se les llama tierra de Canaán siempre en fluctuación, siempre en movimiento, y tierra de los alófilos: pues son ajenos a Dios, se mueven en el cordón del mar y en la región de Creta. Así pues, la palabra de Dios se dirige a ellos, ya sea en la consumación y fin del mundo, o diariamente por medio de los hombres eclesiásticos, y quienes pueden decir con el apóstol: ¿Buscáis una prueba de que Cristo habla en mí? (II Cor. XIII, 3)? para que sean expulsados de Creta, y sean destruidos de sus antiguas moradas, y aquella región que antes contenía al rebaño perdido, comience a ser redil de las ovejas de Cristo; y Judá, es decir, la verdadera confesión, habite en los cordones del mar. Y cuando el mundo ya haya comenzado a ser al atardecer, y de muchos llamados pocos elegidos, y los que ahora se llaman restos de la casa de Judá, hayan alimentado a aquellos que primero se alimentaban en el mar, y en Creta, y en la mentira: se apartarán en las casas de Ascalón, es decir, donde antes manaba el fuego del diablo y la sangre de los asesinados: Ascalón se interpreta como fuego homicida. Y esto sucederá porque el Señor visitará a su pueblo, y aquellos que antes eran fácilmente capturados por los sofismas de los herejes, como viniendo de la cautividad, vencerán a sus adversarios, y habitarán 702 en sus tabernáculos. Lo que se lee en los LXX, De la presencia de los hijos de Judá, lo hemos marcado con un obelo, pues ni en hebreo, ni en ningún intérprete se encuentra, y perturba el contexto del capítulo y el sentido: no porque fuera difícil de alguna manera tejer el sentido incluso con esto puesto; pero una vez hemos decidido seguir la verdad de la interpretación, y seguir el juicio de un lector más erudito que el del vulgo.

(Vers. 8 seqq.) He oído el oprobio de Moab y las blasfemias de los hijos de Amón, que han reprochado a mi pueblo y se han engrandecido sobre sus fronteras. Por tanto, vivo yo, dice el Señor Dios de los ejércitos, Dios de Israel: Moab será como Sodoma, y los hijos de Amón como Gomorra: sequedad de espinas y montones de sal, y desierto para siempre; el remanente de mi pueblo los saqueará, los sobrevivientes de mi nación los poseerán. Esto les sucederá por su soberbia, porque blasfemaron y se engrandecieron sobre el pueblo del Señor

de los ejércitos. El Señor será terrible sobre ellos: y debilitará a todos los dioses de la tierra, y le adorarán hombres desde su lugar, todas las islas de las naciones.

LXX: He oído el oprobio de Moab y las injurias de los hijos de Amón: en las que reprocharon a mi pueblo y se engrandecieron sobre mis fronteras. Por tanto, vivo yo, dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel: Moab será como Sodoma, y los hijos de Amón como Gomorra, y Damasco abandonada como un montón de era, y desolada para siempre, y los que queden de mi pueblo los saquearán, y los sobrevivientes de mi nación los poseerán: esto será para ellos por su injuria, porque reprocharon y se engrandecieron sobre el Señor omnipotente: el Señor se manifestará sobre ellos, y destruirá a todos los dioses de las naciones de la tierra, y le adorarán cada uno desde su lugar, todas las islas de las naciones.

Lo que, excepto el profeta Daniel, que a menudo ve visiones de cuatro reinos y expone sus diferencias bajo diversas imágenes (Dan. VIII), hacen Isaías, Jeremías y Ezequiel, que después de la visión de Judá contra las demás naciones que están a su alrededor, vuelven la profecía, y según las particularidades de cada una, anuncian lo que les sucederá, y se detienen más tiempo en su descripción: esto ahora el profeta Sofonías, aunque brevemente, lo hace en el mismo orden. Después de los filisteos, contra quienes la amenaza ya ha precedido, dice: Gaza será destruida, y Ascalón en desierto, Azoto será expulsada al mediodía, y Ecrón será desarraigada. Ahora contra Moab y los hijos de Amón, o como se ha añadido en los LXX, contra Damasco, que en Isaías (Cap. XVII) se llama Aram, se teje la profecía, porque al proporcionar ayuda a Nabucodonosor, devastaron Judá, pisotearon su santuario, también subvirtieron el templo, y sometido el pueblo de Israel, blasfemaron al Señor. Pues Nabucodonosor y los caldeos, habiendo destruido las ciudades de los judíos, oprimieron a las demás naciones, y así sucedió que quienes insultaron al pueblo de Dios, también ellos fueron oprimidos por la misma angustia de males, y tuvieron como compañero a Judá, a quien pensaron tener sometido. Por tanto, antes de que venga la cautividad bajo Josías aún rey, no habiendo sido aún subvertidos Jerusalén y el templo, se dirige la profecía contra los que insultan, para que los males del pueblo de Dios sean aliviados por el mal de las demás naciones.

He oído, dice, el oprobio de Moab, que ahora se llama Areópolis, y las blasfemias de los hijos de Amón, que también es la segunda ciudad de Arabia después de Bosra llamada Filadelfia: en las que reprocharon a mi pueblo, y expulsados los judíos, ampliaron sus fronteras en su tierra. Por tanto, porque blasfemaron contra mí, y reprocharon a mi pueblo, yo, el Señor de los ejércitos, que puedo cumplir lo que amenazo, y el Dios de Israel, que en mi pueblo sufro la injuria, haré que Moab sea como Sodoma, y los hijos de Amón como Gomorra. Leamos visiones de este tipo en Isaías y Jeremías, y encontraremos lo mismo que ahora leemos aquí. Sequedad de espinas y montones de sal, y desierto para siempre, por lo cual no sé qué quisieron decir los LXX al interpretar Damasco arrancada y abandonada, a menos que, si no me equivoco, engañados por la ambigüedad de la palabra: pues sequedad, que en hebreo se dice MAMASAC (), excepto la primera letra MEM si se cambia, y se toma DALETH, tiene las mismas letras restantes que Damasco, y puede leerse por la palabra superior DAMASEC.

Se pregunta, sin embargo, cómo estas ciudades, es decir, Moab y los hijos de Amón, fueron reducidas a Sodoma y Gomorra, y como la aridez de espinas y montones de sal, no se edificarán para siempre. Y que ciertamente fueron devastadas como Sodoma y Gomorra, no hay dificultad en exponerlo. Pero esto que sigue: Serán desiertas para siempre, o interpretaremos la destrucción de su reino (porque después de ser subvertidas por los caldeos, perdieron su reino, y luego, ya sea por los antioquenos o por los ptolemaicos, finalmente sometieron su cuello al imperio romano), o ciertamente debe entenderse dicho

hiperbólicamente: LOLAM () significa tanto eternidad como siglo: por lo cual puede tomarse tanto por un siglo, como por algún tiempo, y una edad. Y los que queden del pueblo de Israel los devastarán, y poseerán las ayudas de los caldeos que una vez blasfemaron. Esto les sucederá por su soberbia, porque blasfemaron y se engrandecieron contra el pueblo del Señor de los ejércitos, quien será terrible sobre ellos, y su horror no matará a los soberbios: no derramará la sangre de los blasfemadores; sino que destruirá y debilitará todos sus ídolos, para que quienes antes estaban atrapados en el error, y no sentían los beneficios del Señor, presionados por la necesidad de los males, sepan que los ídolos no sirven de nada, y le adoren cada uno desde su lugar, todas las islas de las naciones.

Hasta aquí según el hebreo. Ahora volvamos a los intérpretes de los LXX, y obliguemos a los judíos, que solo siguen la historia, a explicarnos cuándo Moab y los hijos de Amón se convirtieron en Sodoma y Gomorra, y como montones de sal, y desiertas para siempre: deben mostrar lluvias sulfurosas, viñas, tierra convertida en cenizas y polvo, el mar inundando desde los pozos de sal, que ahora se llama Muerto: cuándo los saquearon los judíos, cuándo los sobrevivientes de las naciones israelitas los poseyeron. ¿O cuál es la indignación del Señor por la blasfemia y las injurias de debilitarlos y destruirlos? ¿No Moab y Amón, sino toda la tierra, para que le adoren cada uno desde su lugar, todas las islas de las naciones? Lo que más bien otorgará como beneficio a los blasfemadores, para que regresen del error a la salvación.

Y si quisieran decir que, después del regreso de Babilonia, estas naciones fueron sometidas al pueblo de Israel, primero pediremos la autoridad de las Escrituras, de donde prueben que esto sucedió: luego, cuando no puedan demostrarlo, les concederemos de más, y diremos: Sea que sucedió lo que dicen: ¿qué justicia de Dios sería que los abuelos blasfemaran, y los antepasados reprocharan, y luego se devolviera a los nietos? ya que ciertamente aquella sentencia, que antes se decía en la Ley, de que los pecados de los padres se restituyen en los hijos hasta la tercera y cuarta generación (Éxodo XX), ha sido disuelta por Ezequiel: Vivo yo, dice el Señor: no se dirá más esta parábola; sino que el alma que pecare, esa morirá (Ezequiel XVIII, 20). Y al mismo tiempo observa, que es una parábola lo que se ha dicho, y no significa lo que en la superficie de la letra expresan. Y si es injusto devolver a los nietos lo que pecaron los abuelos: cuánto más injusto es esperar que esto mismo suceda en la consumación del mundo por la necedad de los judíos, cuando no su Cristo, como piensan; sino que vendrá el Anticristo. Pues dondequiera que se vean acorralados en la historia, para enseñar que se ha cumplido lo que se ha dicho, inmediatamente saltan a los tiempos futuros de Cristo, y todo lo que no pueden explicar, se lo prometen para después de muchos siglos, y dicen que Moab, y los hijos de Amón, y Egipto, y los filisteos, y Edom, que ahora insultan a los judíos, serán castigados en ese tiempo.

Preguntémosles, pues, por qué Dios castigará a estas naciones en particular, y no a todo el mundo en el que los judíos están dispersos por doquier. Si Moab merece ser reprendido, insultando a los judíos, y los hijos de Amón y las demás naciones a su alrededor, ¿por qué no se reprende a Galia? ¿por qué no se menciona a Britania en la amenaza? ¿por qué España está exenta de castigo? ¿por qué no se dice nada de Italia? ¿por qué se calla sobre África? y para decirlo de una vez, cuando todo el mundo tiene cautivos a los judíos, ¿qué crimen han cometido solo las naciones que están a su alrededor, para que solo ellas sean mencionadas en particular?

Esto contra los judíos, y la explicación general en todos los profetas dondequiera que se dice alguna profecía contra las naciones. Ahora lo que dijimos antes, que Damasco no se menciona en hebreo, ni en ningún otro intérprete, también lo comprobaremos por el mismo

orden de la Escritura. Pues a lo que había dicho: He oído el oprobio de Moab, y las blasfemias de los hijos de Amón, después refirió: Porque Moab será como Sodoma, y los hijos de Amón como Gomorra. Por lo tanto, lo que sigue: Y Damasco desierta, como un montón de era, debería haber mencionado algo de Damasco antes, para que así como de las dos naciones había dicho: Moab será como Sodoma, y los hijos de Amón como Gomorra, cuyos pecados ya había mencionado antes: así también de Damasco hubiera descrito sus oprobios o blasfemias, para que después pareciera digno de infligir castigo. Pero incluso esto mismo que se dice: Como un montón de era, que en griego se dice ὡς θιμωνία ἄλως, creemos que los LXX interpretaron ἄλως, es decir, de sal; pero por los ignorantes que pensaron que θιμωνίαν, es decir, un montón de grano o frutos, por ἄλως, añadiendo dos letras ω y ν, como para la consecuencia de los frutos, ἄλωνος, es decir, de era, lo pusieron.

Esto sobre la variedad de interpretación y error, y sobre la dificultad de la historia. Pero quien es un hombre docto, y compara lo espiritual con lo espiritual, y no busca las cosas que están abajo, sino las que están arriba, y resucita con Cristo de entre los muertos, y despojándose del hombre viejo se viste del nuevo, referirá los oprobios de Moab y las blasfemias de los hijos de Amón a los maestros de las doctrinas contrarias a la Iglesia, que también parecen ser del linaje de Abraham, y haber escapado del incendio de Sodoma y Gomorra, y habitar en Segor, pequeña. Pero porque su generación está en tinieblas, y no pueden ver la luz de la verdad (pues se han apartado de Dios Padre, que se interpreta de los nombres Lot y Moab) y han dejado de ser hijos de Dios (lo que se dice mi pueblo) y concebidos en la oscura cueva de matrimonios incestuosos han permanecido: por eso hasta hoy insultan a la simplicidad de los hijos de Judá, quieren engrandecer su posesión sobre sus fronteras, de las cuales se dice en los Proverbios: No traslades los límites eternos que pusieron tus padres (Prov. XXII, 28).

Mira a los herejes aplaudiéndose en la dialéctica y la retórica y los dogmas de todos los sofismas, despreciar la rusticidad de la Iglesia, y como indigna de sus misterios, que se han forjado como ídolos, despreciarla, y tenerla por nada: y no busques cuáles son los oprobios de Moab, y las injurias de los hijos de Amón, en las que reprocharon al pueblo de Dios. Juró, pues, el Señor por sí mismo diciendo: Vivo yo, dice el Señor. Y bien dice Dios de Israel, es decir, del pueblo que ve a Dios, que se dice viviente en distinción de los dioses muertos, que se llaman ídolos: que estas naciones blasfemantes, es decir, Moab y los hijos de Amón, de los que dijimos antes: Serán como Sodoma y Gomorra, parecen haberse salido de Sodoma y Gomorra en cuanto a que no son gentiles, pero porque blasfeman al pueblo de Dios, y actúan contra Israel, serán reputados como Sodoma y Gomorra, y serán borrados como aquellas fueron borradas antes, no teniendo en sí vestigio alguno de verdor y vida.

No es de extrañar si entendemos esto de los herejes, cuando se reputan como Sodoma y Gomorra, cuando incluso a los eclesiásticos, que no han observado los mandamientos de Dios, y se han apartado de sus preceptos, se les dice por Isaías: Oíd la palabra del Señor, príncipes de Sodoma, y escuchad la ley de nuestro Dios, pueblo de Gomorra (Isaías I, 10). Y a los presbíteros que desean corromper la castidad de la Iglesia bajo la figura de Susana, dice Daniel: Este es el juicio de Dios: semilla de Canaán, y no de Judá (Dan. XIII). Y para que sepáis que siempre que se nombran Sodoma y Gomorra y Egipto, no se dice de estas provincias que vemos con los ojos, sino de otras espirituales, a las que el discurso profético amenaza: leed en el Apocalipsis de Juan: El lugar donde fue crucificado el Señor, se llama espiritualmente Sodoma y Egipto (Apoc. XI, 8).

Si, pues, Jerusalén, donde fue crucificado el Señor, se llama espiritualmente Sodoma y Egipto, ¿por qué no, al contrario, Egipto y Sodoma y Gomorra, si hicieron las obras de Jerusalén y de la tierra de Judá, se transfieren a la tierra de la suerte del Señor? Por último,

David no era de los sacerdotes, ni le era lícito comer los panes de la proposición (1 Sam. XXI), pero porque en cada cosa crecía en obras, y la persecución de Saúl era el progreso de sus virtudes, por eso en su huida, sin saberlo, de repente se convierte en sacerdote, y toma los panes de la proposición, y no viola el mandamiento de Dios.

Todo esto lo hemos dicho porque Moab será como Sodoma, y los hijos de Amón como Gomorra. También Damasco, que se interpreta, bebedor de sangre, o sangre de saco, será abandonada por la misericordia de Dios, como un montón de sal. Porque su príncipe es el rey Aretas, y los damascenos desean matar a Pablo, y es bajado por el muro en una canasta (Hechos IX), no se dice a Damasco: Vosotros sois la sal de la tierra; ni se llama sal aquello que siempre se ofrece en las víctimas, sino lo que se ha vuelto insípido, y de lo que se escribe en el Evangelio: Si la sal se vuelve insípida, ¿con qué se salará? no es útil para nada, ni para la tierra, ni para el estiércol, sino que la arrojan fuera, para que sea pisoteada por los hombres (Mateo V, 13).

Y Moab, pues, y Amón y Damasco, que se prepararon contra el conocimiento del Señor, y blasfemaron al pueblo de Dios: y dijeron muchas injurias contra él, y quisieron ampliar sus fronteras en la tierra de la Iglesia, y poseer al pueblo de Dios, serán desiertas y destruidas, y los que queden del pueblo de Dios, es decir, los hombres eclesiásticos instruidos en las Escrituras del Señor los saquearán, y los sobrevivientes de la nación del Señor los poseerán, y esto les sucederá por su injuria, porque reprocharon y se engrandecieron contra el Señor omnipotente.

Mira la clemencia, mira la misericordia del Señor: sufre injuria, es blasfemado, sus fronteras son saqueadas: y ¿qué hace él? Envía a los remanentes de su pueblo, de los que hemos dicho, para que divida a los blasfemadores para sí, y los lleve a su posesión. Pues es mucho mejor para un necio servir a un sabio, y que su necedad sea corregida por la sabiduría del Señor, que ser abandonado a su propia necedad. Vendrá, pues, el Señor omnipotente, y será más manifiesto sobre ellos, a quien ahora no conocen, a quien ignoran: y destruirá todos los dogmas, es decir, sus dioses, y los ídolos de las diversas naciones, para que después de que los ídolos, que habían compuesto de su propio sentido, sean destruidos, las naciones se conviertan al Señor, y cada uno desde su lugar le adore a quien antes no conocía.

(Vers. 12 seqq.) También vosotros, etíopes, seréis muertos por mi espada: y extenderá su mano sobre el norte, y destruirá a Asur: y convertirá la hermosa en desolación y en un lugar inaccesible y como un desierto. Y se recostarán en medio de ella rebaños: todas las bestias de las naciones, y el pelícano y el erizo habitarán en sus umbrales: la voz del que canta en la ventana, el cuervo en el dintel: porque debilitaré su fortaleza. Esta es la ciudad gloriosa, que habita en confianza, que decía en su corazón: Yo soy, y fuera de mí no hay otra más: ¿cómo se ha convertido en desierto, en guarida de bestias? Todo el que pase por ella silbará y moverá su mano. LXX: Y vosotros, etíopes, seréis heridos por mi espada: y extenderé mi mano sobre el norte, y destruiré al asirio, y pondré a Nínive en desolación, y en un lugar sin agua como un desierto. Y se alimentarán en medio de ella rebaños, y todas las bestias de la tierra: y camaleones y erizos se recostarán en sus pesebres, y las bestias clamarán en sus fosas, y los cuervos en sus puertas: porque su altura es como el cedro: esta es la ciudad entregada al mal, que habita en esperanza, que dice en su corazón: Yo soy, y no hay después de mí más; ¿cómo se ha convertido en desolación, en pasto de bestias? Todo el que pase por ella silbará y moverá sus manos. Los judíos refieren todo este capítulo y los dos anteriores contra los filisteos, Moab y los hijos de Amón a la venida de Cristo, a quien creen que vendrá al final del mundo, quien reconstruirá Jerusalén y liberará a su pueblo de la mano de las

naciones que los tienen cautivos: y esto es lo que significa lo que se dice: Y lo adorarán hombres desde su lugar, todas las islas de las naciones. No solo las naciones superiores, sino también los etíopes y los asirios y la ciudad de Nínive de los asirios serán puestas en desolación en ese tiempo, y todas las bestias de la tierra se recostarán en ella, o como está escrito en hebreo, todas las bestias de las naciones: de lo cual creen que se significa de todas las naciones que destruirán Nínive. Y porque Nínive se interpreta como hermosa, en el presente lugar refieren la hermosa a Babilonia. Y todo lo que sigue: El pelícano y el erizo habitarán en sus umbrales, y lo demás, conviene más a Babilonia, cuya misma desolación se predice en Isaías. Y por el contrario, otros afirman que se dice claramente del asirio, de quien ya se había dicho: Y extenderá su mano sobre el norte, y destruirá a Asur, y pondrá a Nínive en desolación. Pues por los asirios se entiende más a Nínive que a Babilonia, que es la ciudad de los caldeos. Pero lo que dice: El pelícano y el erizo en sus quicios, y el cuervo en el dintel, son indicios de desolación, y hay dos tipos de pelícanos: uno acuático, otro de desolación. Y lo que dice, la voz del que canta en la ventana, se entiende como demonios, o las voces de diversas aves que suelen habitar en ciudades desiertas. Además, lo que tanto nosotros como los LXX hemos traducido de manera similar: El cuervo en el dintel, en hebreo se pone HAREB (), que según la diversidad de la lectura (), se acepta como sequedad, espada o cuervo. Por lo cual también Aquila lo interpretó como espada, otros como sequedad. Y después de la destrucción, como burlándose de su ruina, el discurso profético habla: Esta es la ciudad gloriosa, que habita en confianza, que decía en su corazón: Yo soy, y fuera de mí no hay otra más; ¿cómo se ha convertido en desierto, en guarida de bestias? Todo el que pase por ella silbará y moverá su mano. Según lo que dijimos antes, o verdaderamente en la ciudad desierta habitarán bestias, o ciertamente bajo la figura de las bestias se indica la variedad de muchas naciones. Si alguien preguntara cómo se refiere esta profecía a los tiempos de Nabucodonosor: también se mencionan a los etíopes y asirios, a quienes los medos y persas no hicieron nada, que lea las historias, y verá que los asirios y etíopes también fueron sometidos a los medos, y el reino de Cambises, y el poder de Ciro, y todo lo que siguió después. Esto se ha dicho de manera judía. Sin embargo, si notamos que en todas las Escrituras se llama etíopes a aquellos que están completamente sumergidos en vicios, según lo que leemos en Jeremías: ¿Puede el etíope cambiar su piel? (Jer. XIII, 23), habrá esperanza para los etíopes convertidos a lo mejor, que ninguno que quiera hacer penitencia estará fuera de la salvación. Por lo cual también el alma antes contaminada, y manchada por las inmundicias de los delitos, dice: Soy negra (Cant. I, 4). Y después, al final del Cantar de los Cantares, de la misma ya purificada y lavada por la penitencia se escribe: ¿Quién es esta que sube blanqueada? (Cant. VIII, 5); Moisés también, es decir, la Ley del Señor espiritual, tomó por esposa a una etíope de las naciones (Éxodo II); y María, es decir, la sinagoga de los judíos, y Aarón, es decir, el sacerdocio carnal, y no según el orden de Melquisedec, murmuran contra la Ley, pero en vano. Pues inmediatamente la sinagoga es cubierta de lepra, y expulsada fuera del campamento, y después de cumplido el tiempo, por la oración de Moisés, es devuelta al campamento. Porque la mano de Etiopía ya ha precedido a Dios (Sal. LXVII). Por lo tanto, el discurso divino amenaza ahora a aquellos que, adheridos a los pecados y olvidados de las inmundicias de los delitos, no quieren convertirse a lo mejor, y lavar su color oscuro, y les amenaza con la espada, de la cual creo que también se escribe en el Génesis: Puso querubines, y una espada flamígera que se volvía para guardar el camino del árbol de la vida. Y en Isaías: Traerá una espada grande y santa sobre el dragón serpiente tortuosa, y lo matará en aquel día (Isaías XXVII, 1, según los LXX). Y dice que serán heridos o muertos por la espada, para que temiendo las penas, imiten a Nínive, y hagan penitencia (Jonás III), y no sufran lo que el Señor amenaza. Lo cual también suena en la profecía de Jeremías: Hablaré, dice, sobre la nación, y sobre el reino, y los quitaré y los destruiré: y si hacen penitencia, también yo me arrepentiré de todos los males que he hablado, para hacerles

(Jer. XVIII, 7, 8). Y para que sepáis que el Señor amenaza ahora a los etíopes con la espada, para convertirlos a lo mejor, poco después en este mismo libro se introduce sobre los etíopes: Más allá de los ríos de Etiopía, de allí mis suplicantes, los hijos de mis dispersos, me traerán ofrenda (Infra III, 10): o, como se tiene en los LXX: De los confines de los ríos de Etiopía recibiré a mis dispersos, y me ofrecerán sacrificios. Después de esto, el Señor no habla como antes; sino el espíritu profético sobre él: Y extenderá su mano sobre el norte, y destruirá a Asur (Jer. I, 14). El norte del que escribió Jeremías: Desde el norte se encenderán los males sobre todos los habitantes de la tierra. Y del que Salomón menciona: El norte es un viento duro: pero se llama por nombre derecho (Prov. XXV, 23). Por lo tanto, Dios extiende su mano infligiendo castigos, para que también el norte sienta las penas, y aquellos que están en su tierra, a la cual según Zacarías van los caballos negros, de los cuales se dice: Había caballos negros, iban a la tierra del norte (Zacarías VI, 6). Y es apropiado que quien movió sus pies, y se apartó del oriente, del cual el mismo profeta dice: He aquí el hombre, cuyo nombre es Oriente (Ibid., 12), y miró hacia el occidente, inmediatamente se dirige al norte, que no es derecho, pero se llama por nombre derecho. Lo cual también se entiende corporalmente, para que cualquiera que esté en el oriente, y se vuelva mirando al occidente, tenga a su derecha el norte, al que llaman derecho quienes se han enfriado por su soplo, que solo es derecho de nombre, pero en realidad y obra está más bien a la izquierda. Pero después de que el Señor extienda su mano sobre el norte, también destruirá a Asur, que se interpreta como enderezador, que muchos creen que se dice director, pero es falso: enderezador se dice acusador y convencedor. Y como el diablo mismo es enemigo y vengador, y él mismo sugiere los pecados, y después en los pecados acusa a los pecadores, por eso se llama enderezador. Creo que este es el príncipe de los asirios, que habita en el norte, y tiene por metrópoli a Nínive, y dice en Isaías: Con fortaleza haré, y con sabiduría de entendimiento quitaré los límites de las naciones, y devoraré sus fuerzas (Isaías X, según los LXX). Por lo demás, lo que sigue de Nínive devastada: Y se alimentarán en ella rebaños, y todas las bestias de la tierra, y camaleones, y erizos se recostarán en sus pesebres, y las bestias descansarán en sus quicios, y los cuervos en sus ventanas, y lo demás: me parece que debe entenderse según lo que está escrito en Jonás o en el profeta Nahum. Y en Jonás, en efecto, interpretamos a Nínive, es decir, la hermosa, que a la predicación de Jonás, es decir, la paloma, hizo penitencia, como la Iglesia congregada de las naciones. En Nahum, sin embargo, temperamos la inteligencia sobre el mundo: y del mundo, en efecto, no es difícil interpretar y decir que cuando los etíopes sean heridos por la espada del Señor, y extienda su mano sobre el norte, y destruya al príncipe asirio del mundo, también el mismo mundo con su príncipe perecerá, y será reducido a la máxima desolación, y no será lamentado por nadie, sino que todos silbarán por su ruina, y moverán sus manos. De la Iglesia, sin embargo, parece a primera vista ser blasfemo, que ella será inviable y desierta, y las bestias habitarán en ella, y después se le dirá con insulto: Esta es la ciudad entregada al mal, que habitaba en esperanza, que decía en su corazón: Yo soy, y no hay más allá de mí, ¿cómo se ha convertido en desolación, en pasto de bestias? Pero quien considere aquello del Apóstol en el que se dice: En los últimos tiempos vendrán tiempos peligrosos, y los hombres serán amadores de sí mismos, avaros, arrogantes, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto, sin paz, acusadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, temerarios, hinchados, amadores de los placeres más que de Dios: teniendo apariencias de piedad, pero negando su poder (II Tim. III, 1, seqq.). Y también esto que está escrito en el Evangelio, que multiplicada la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos, tanto que en ese tiempo se cumplirá: Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿crees que encontrará fe en la tierra? (Mat. XXIV, 12)? no se maravillará de la extrema desolación de la Iglesia, que, reinando el Anticristo, será reducida a desolación, y entregada a las bestias, y sufrirá lo que ahora describe el profeta. Pues si Dios por la infidelidad no perdonó a las ramas naturales, sino que

las quebró, y puso ríos en desierto, y fuentes de aguas en sequedad, tierra fructífera en salinidad, por la maldad de sus habitantes: ¿por qué no al contrario a aquellos de quienes dijo: Puso desierto en estanques de aguas, y tierra sin agua en fuentes de aguas, e hizo habitar allí a los hambrientos, y lo demás, y a quienes injertó del acebuche en la raíz del buen olivo, si olvidan el beneficio y se apartan de su creador, y adoran al asirio, los derribe y los reduzca a la misma sequedad en la que estaban antes? Lo cual, aunque pueda entenderse generalmente en la venida del Anticristo, o en el fin del mundo: sin embargo, diariamente en aquellos que simulan ser de la Iglesia de Dios, y lo niegan con sus obras, y son oyentes de la ley, y no hacedores, se puede aplicar, que en vano se jactan de ser hermosos, cuando habitan en ellos rebaños, es decir, la multitud de vicios, y animales brutos que sirven al cuerpo, y todas las bestias de la tierra, que devoran sus corazones, y camaleones que no tienen un solo color; sino que se cambian por momentos con diversos pecados, ahora avaricia, ahora lujuria, ahora crueldad, ahora lujuria, ahora tristeza, ahora exultación. Y erizos en sus pesebres, un animal espinoso y lleno de espinas, y que hiere todo lo que toca. Pero también las bestias se recostarán en sus agujeros, es decir, en sus corazones, y los cuervos, aves inmundas, en sus puertas, ya sea en su boca, o en sus oídos, donde siempre hablan, o escuchan cosas malas. Después de lo cual se añade y se dice: por eso la Iglesia sufrirá esto, o lo ha sufrido, porque se ha elevado en soberbia, y como un cedro ha erguido su cumbre, entregada a malas obras, y no obstante prometiéndose a sí misma felicidad, y despreciando a los demás en su corazón, y no pensando que hay alguien más allá de ella, y diciendo: Yo soy, y no hay otra más allá de mí: ¿cómo entonces se ha convertido en desolación, en pasto de bestias? Donde antes habitaba el Padre, y el Hijo y el Espíritu Santo, y sus ángeles presidían con sus ministerios, entonces habitarán las bestias, de las cuales también el profeta lamenta diciendo: No entregues a las bestias el alma que te confiesa (Sal. LXXIII, 19). Todo el que pase por ella, silbará y moverá sus manos. Si lo entendemos de los ángeles, lo interpretaremos así: cuando pasen por ella los ángeles, y no permanezcan en ella, como solían hacer antes, se asombrarán y se maravillarán: y no la sostendrán, y no la sostendrán con su mano, sino que levantarán las manos y pasarán. O ciertamente con un silbido levantarán las manos, y como lamentándose al modo de los que lloran, harán ruido. Si, sin embargo, queremos entender esto del diablo y sus ángeles, que también devastaron la viña que fue trasladada de Egipto: diremos que por el alma de la que Cristo se ha apartado, y que antes fue templo de Dios, y dejó de serlo, pasa la serpiente, y silba en ella, y vomita los venenos de su malicia: y no solo hace esto, sino que también mueve sus obras que se llaman figurativamente manos. Y para que no pienses que porque hemos mencionado a la serpiente, interpretamos violentamente las manos de la serpiente como obra, toma el testimonio de Salomón: Muerte y vida están en las manos de la lengua (Prov. XVIII, 21). Esto hemos dicho, como hemos podido, sirviendo a la interpretación alegórica. Si alguien encuentra algo más verosímil, y que tenga más razón que lo que hemos expuesto, que el lector sea guiado más por la autoridad de aquel.

(Cap. III.---Vers. 1 seqq.) ¡Ay de la ciudad provocadora y redimida: la paloma no escuchó la voz, y no aceptó la disciplina: en el Señor no confió, a su Señor [Dios] no se acercó. Sus príncipes en medio de ella, como leones rugientes: sus jueces lobos vespertinos, no dejaban nada para la mañana. Sus profetas son insensatos, hombres infieles: sus sacerdotes profanaron lo sagrado, actuaron injustamente contra la ley. El Señor justo en medio de ella no cometerá iniquidad. Mañana tras mañana dará su juicio a la luz, y no se ocultará: pero el inicuo no conoció la vergüenza: destruí naciones, y se dispersaron sus esquinas: hice desiertas sus calles, porque no hay quien pase: sus ciudades quedaron desoladas, sin hombre que quede, ni habitante alguno. Dije, sin embargo, me temerás, aceptarás la disciplina, y no perecerá su morada por todo aquello en que la visité. Sin embargo, al amanecer corrompieron todos sus

pensamientos. LXX: Oh ilustre y redimida ciudad, la paloma no escuchó la voz, no aceptó la disciplina: en el Señor no confió, y a su Señor no se acercará. Sus príncipes en ella como leones rugientes: sus jueces como lobos de Arabia, no dejaban nada para la mañana: sus profetas portadores de espíritu, hombres despreciadores: sus sacerdotes profanan lo sagrado, y actúan impiamente contra la ley: pero el Señor justo en medio de ella, no cometerá iniquidad. Mañana tras mañana dará su juicio a la luz, y no está oculto, y no conoce la iniquidad en la exigencia, ni perpetuamente la injusticia: quité a los soberbios, se dispersaron sus esquinas: destruí sus caminos para que no pasen: sus ciudades quedaron desiertas, porque no había quien permaneciera, ni habitara. Dije, sin embargo, me temerán, y aceptarán la disciplina, y no perecerán de su vista en todo aquello en que me vengué sobre ella. Prepárate, levántate al amanecer: se han perdido todos sus racimos. Muchos piensan que por la secuencia del discurso se dice contra Nínive, de la cual se habló antes: Y destruirá al asirio, y pondrá a Nínive en desolación. Pero nunca la Escritura llamaría a Nínive paloma: aunque en Jeremías, de la espada de la paloma algunos piensan que se dijo de Nabucodonosor (Jer. XV). Pero se debe saber que otros, por el contrario, afirman que por paloma, allí se puede entender Ἑλλάδα, es decir, Grecia, para que el sentido sea, de la espada de Jonás, es decir, de la espada de Grecia: Jonás significa tanto paloma como Grecia. Por eso hasta hoy los griegos son llamados Jonios, y el mar se llama Jónico, y entre los hebreos permanece su antiguo nombre. Pero también los príncipes romanos entre las naciones bárbaras, conservando el antiguo nombre, son llamados Césares. Todo el discurso, por tanto, es contra Jerusalén: ¡Ay de la ciudad que una vez fue paloma, siempre pecadora, y entregada a cautiverios, y nuevamente redimida por el Señor. ¡Ay de la ciudad provocadora: lo que en hebreo se dice más significativamente MARA (מָרָא), es decir, παραπικραίνουσα: lo que podemos decir, haciendo amargo a Dios, es decir, por tu culpa conviertes al dulce y clemente Señor en amargura, de modo que quien quiere tener misericordia, se ve obligado a castigar. No escuchó el mandato del Señor, y corregida no quiso aceptar la disciplina; ni confiada en el Señor su Dios en tiempos de aflicción; ni caminó tras Él; ni cuando Él decía: Yo soy el Señor que se acerca, y no de lejos (Jer. XXIII, 23), quiso acercarse a Él. También se describen sus príncipes, y jueces, y profetas, y sacerdotes, para que en la ciudad tomemos al pueblo, y en estos nombres de dignidades, a los príncipes. Sus príncipes, por tanto, como leones siempre se dedicaban a los saqueos, y a derramar la sangre de los súbditos: sus jueces rapaces, no dejando a otros lo que podían arrebatar. Sus profetas enloquecidos, o aturdidos, lo que en hebreo se dice PHOEZIM, y Aquila tradujo θαμβευται, hablaban como si fuera de la boca del Señor, y todo lo predicaban contra el Señor. Los sacerdotes en el lugar del santuario cometieron sacrilegio, y aunque actuaban contra la ley, ofrecían víctimas según la ley. Por eso, porque ellos actuaron injustamente, el Señor justo no cometerá iniquidad; sino que restituirá a la ciudad perversa lo que merece. Mañana, mañana, es decir, manifiestamente y sin ninguna ambigüedad hará juicio sobre ella, y no habrá nada que pueda ocultarse de Él. Y esto lo hará el Señor, para que la ciudad corregida se convierta a mejor. Pero el inicuo Israel no reconoció su vergüenza, ni entendió que por eso se le infligieron plagas, para que hiciera penitencia. Te he vengado, dice después de las naciones, y destruí sus imperios, para que, si no me sentiste por las plagas, al menos por los beneficios me conocieras. O ciertamente debe entenderse así: Destruí todas tus ciudades, oh Judá, y todos los pueblos y tribus sujetos a ti, y diversas fronteras, y hubo tal devastación de hombres, que no había quien habitara en tus ciudades; y después de que hice esto, envié a mis profetas levantándome al amanecer, y provocándote a la penitencia, dije: Ciertamente te hice esto, oh Jerusalén, pero lo hice para que me temieras, y aceptaras la disciplina, y no pecara tu morada, es decir, el templo, por todos los crímenes que cometiste. Pero al contrario, los habitantes de Jerusalén, cuando los provocaba a la penitencia, como si de propósito y por contienda se levantaron al amanecer, para que con la prisa con que debían regresar a mí, completaran todos sus pensamientos, y

demostrarán con obras lo que habían concebido en mente. Esto según el hebreo. Sin embargo, la ilustre y redimida ciudad por la sangre de Cristo, según lo anterior, claramente se entiende como la Iglesia, que también se llama paloma, por la simplicidad de la multitud de creyentes en ella. Esta no escuchó la voz del Señor, ni quiso aceptar la disciplina, ni confió en el Señor, porque no quiso acercarse a su Señor Dios, para merecer el perdón de los pecados. En vano dice alguien que escucha la voz de su Señor Dios, y confía en el Señor, cuando con obras destruye la fe, y se une más a Mammón que a su Señor Dios, y cree que puede servir a dos señores, al mundo y a Dios. Sus príncipes son como leones rugientes. No dudamos del rugido de los leones y su carrera: cuando vemos a sus príncipes así tronar sobre los pueblos sujetos, y con voz tiránica y rabiosos insultos aplastar al pueblo, que no piensas en un pastor en el rebaño, sino en un león entre las ovejitas. Sus jueces también como lobos de Arabia, matando al anochecer, y no dejando nada para la mañana: no mirando al amanecer, sino siempre morando en las tinieblas, y convirtiendo las posesiones de la Iglesia, y lo que se ofrece en los dones de Dios, en su propio lucro, para que los pobres no tengan qué comer por la mañana, que como en la noche, y sin que nadie los vea, lo saquean todo; y cuando al modo de los lobos lo arrasan todo, ni siquiera dejan pequeños alimentos a los necesitados. También los profetas, es decir, los maestros que se creen enseñar a los pueblos, y hablar de las Escrituras, πνευματοφόροι, es decir, portadores de espíritu, o espirituales (y esto debe leerse εἰρωνικῶς) son hombres despreciadores: no conviene enseñar, sino hacer en la Iglesia, no destruir con hechos las palabras. Sin embargo, cuando enseñas a otro, y tú mismo no haces, no debes ser llamado tanto maestro como despreciador, de quien también se escribe en Habacuc: Mirad, despreciadores, y observad, y maravillaos de maravillas, y perezad (Abac. I, 5). También los sacerdotes que sirven a la Eucaristía y distribuyen la sangre del Señor a su pueblo, actúan impiamente contra la ley de Cristo, pensando que εὐχαριστίαν es hacer palabras de imprecación, no vida, y que es necesaria solo la oración solemne, y no los méritos de los sacerdotes, de los cuales se dice: Y el sacerdote en quien haya defecto, no se acercará a ofrecer ofrendas al Señor (Lev. XXI, según LXX). Cuando estos príncipes, jueces, profetas, sacerdotes de Jerusalén hacen estas cosas, no obstante, el Señor es clemente y justo. Clemente, en que no se aparta de su Iglesia: justo, en que da a cada uno lo que merece. Porque cuando llegue la mañana, y pase la noche de este siglo, dará su juicio a la luz, y no se ocultará ni él, ni su juicio. Y cuando comience a exigir a cada uno el dinero que les confió, no será injusto, ni hará que la injusticia prevalezca perpetuamente; sino que a los príncipes soberbios, a quienes Dios resiste, los derribará de sus sillas, y de la cumbre que ocupaban, y se dispersarán sus esquinas, es decir, las voluntades perversas, y desviándose del camino recto, en las que siempre los fariseos solían orar, despreciando la piedra angular. Creo, sin embargo, que también es útil para los soberbios ser derribados de su arrogancia, y que se disipen sus callejones y esquinas, para que después caminen por el camino recto. Finalmente, sigue: Y haré desiertas sus vías, porque no hay quien pase: según lo que está escrito en el primer salmo: Y el camino de los impíos perecerá (Sal. I, 6). También en Oseas, donde se dice de Jerusalén fornicando: He aquí, yo cerraré sus caminos con espinas, y obstruiré sus sendas, y no encontrará su camino, y perseguirá a sus amantes, y no los alcanzará, y los buscará, y no los encontrará; y dirá: Iré, y volveré a mi primer marido, porque mejor me iba entonces que ahora (Oseas, II, 6, 7). Observa que si no se hubieran cerrado los caminos, y obstruido las sendas, y si el Señor no hubiera destruido sus caminos, nunca podría haber dicho el alma fornicante: Iré, y volveré a mi primer marido. Por lo tanto, se disipan los caminos de los soberbios y sus esquinas, para que no caminen en soberbia y perversidad, y sus ciudades que fueron mal edificadas en arrogancia y soberbia, se destruyen, para que no subsistan y tengan habitantes malvados. Y para que nadie piense que hacemos violencia a la Escritura, aprenda de lo que sigue: Esto, dice, hice para decirles: He aquí, los caminos de la maldad están destruidos, de ahora en adelante temedme, y aprended [o aceptad]

la disciplina, para que mi disciplina no perezca, no encontrando en vosotros el fruto de la conversión; y todo sea en vano, por lo cual quise corregiros, y pueda aplicarse a vosotros la palabra que está escrita en Jeremías: En vano herí a vuestros hijos, no recibisteis la disciplina (Jer. II, 30). O ciertamente: temedme, y recibid la disciplina, para que no perezca todo de la vista de Jerusalén, ni se conduzca completamente a la desolación por estos males, en los cuales [o en los cuales] os amenacé. Y no deje que a alguien le moleste (como ya he dicho muchas veces) que interprete estas cosas contra la Iglesia, cuando sabe que Jerusalén en las Escrituras santas siempre tiene el tipo de la Iglesia: de la cual quien peca, o es llevado a Babilonia, o si quiere descender voluntariamente, es herido por ladrones en Jericó. Porque, ¿qué es tan ilustre como la Iglesia, que está fundada en todo el mundo: así redimida por la sangre de Cristo y paloma por la gracia del Espíritu Santo, como la Iglesia congregada de las naciones? en la cual muchos que dicen creer en Cristo, ni escucharon su voz; ni recibieron la disciplina, ni quisieron estar cerca de Él. Pero lo que se dice: Sus príncipes en ella como leones rugientes, sé que ofenderá a muchos, que interpreto esto sobre los obispos y presbíteros, cuando también los malos presbíteros, que quisieron violar a Susana, no condenan a los otros presbíteros que vivieron bien. Y los malos príncipes, que describe el discurso profético, no son una afrenta para los buenos príncipes: Porque al necio azotado, el insensato será más sabio (Prov. XIX, 15): si el insensato se hace más sabio, ¿cuánto más el que es sabio? Pero sus jueces y príncipes tomando sobornos, y vendiendo la justicia, ¿no se llaman correctamente lobos de Arabia, o vespertinos, como tradujo Símaco? No merecen ser llamados lobos de Benjamín, que por la mañana arrebatan, y por la tarde dan comida (Gén. XLIX); sino lobos vespertinos, que comen de noche, y por la mañana no dejan nada. Pero lo que sigue: Sus profetas πνευματοφόροι, es decir, portadores de espíritu, hombres despreciadores, que nadie se moleste porque interpretamos esto sobre los maestros, llamándolos profetas y despreciadores, cuando también el Apóstol ordena: No entristezcáis al Espíritu Santo de Dios, en el cual fuisteis sellados en el día de la redención (Efes. IV, 30). Y David habla en el salmo cincuenta: No quites de mí tu santo Espíritu (Sal. L, 13). Porque si el Espíritu Santo, entristecido, solía huir de su morada anterior, y dejar su habitación, nunca Pablo habría ordenado lo que dije antes; y David después del adulterio temería perder lo que había recibido, de lo cual también se escribe a los Hebreos: ¿Cuánto pensáis que merece peores castigos el que pisoteó al Hijo de Dios, y tuvo por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hizo afrenta al Espíritu de gracia (Heb. X, 29)? Pero también en el libro de los Reyes está escrito: el hombre de Dios, sin duda un profeta, que había dicho al altar en Samaria: Altar, altar, así dice el Señor: He aquí, un hijo nacerá de David (III Reg. XIII, 2), y otras cosas; porque despreció las palabras del Señor, y comió con un falso profeta (así interpretó este lugar Josefo), fue muerto por un león. Y para que no se pensara que era casualidad y no juicio del Señor, y el falso profeta que lo había engañado, predijo que esto sucedería, y el mismo león castigando al despreciador, reservó al asno. No es de extrañar, por tanto, que los maestros que estaban llenos del Espíritu Santo puedan convertirse en despreciadores, cuando entre los negligentes y no guardando su corazón con toda diligencia, esta misma causa suele ser frecuentemente de soberbia en el Señor y desprecio, porque tienen el conocimiento de Dios, y conocen su gran bondad, que oculta a los que le temen, y desprecian las riquezas de su bondad atesorando para sí mismos ira en el día de la ira y revelación. También los sacerdotes (que dan el bautismo y invocan la venida de la Eucaristía del Señor: hacen el aceite del crisma: imponen las manos; instruyen a los catecúmenos: constituyen a los levitas y a otros sacerdotes) no deben indignarse tanto con nosotros por exponer estas cosas y con los profetas que las profetizan, como deben suplicar al Señor, y actuar diligentemente para no merecer ser de los sacerdotes que violan las cosas sagradas del Señor. No es la dignidad y los nombres de las dignidades, sino la obra de la dignidad, lo que suele salvar a los príncipes, jueces, profetas, y sacerdotes: El que desea el

episcopado, dice, desea una buena obra (I Tim. III). Ved lo que dijo: desea una buena obra, Obra no dignidad. Pero si, despreciando la obra, solo mira la dignidad, pronto cae la torre en Siloé, y los altos cedros son golpeados por el rayo, y el cuello erguido se rompe, y el cisne, con el cuello extendido, y elevándose hacia lo alto, se cuenta entre las aves impuras. Por lo que expusimos según el hebreo: Sin embargo, al amanecer corrompieron todos sus pensamientos, por lo cual en los Setenta está escrito: prepárate, levántate al amanecer, se ha dispersado toda su frondosidad, porque difiere mucho del hebreo, y parece más concordar con los LXX con los posteriores, lo expondremos en lo que sigue.

(Vers. 8, 9.) Por tanto, espérame, dice el Señor, en el día de mi resurrección en el futuro: porque mi juicio es reunir a las naciones y congregar los reinos, para derramar sobre ellos mi indignación, toda la ira de mi furor: porque en el fuego de mi celo será devorada toda la tierra: porque entonces daré a los pueblos un labio escogido, para que todos invoquen el nombre del Señor y le sirvan con un solo hombro. LXX: Por eso espérame, dice el Señor, en el día de mi resurrección como testimonio: porque mi juicio es en las congregaciones de las naciones, para recibir a los reyes, para derramar sobre ellos toda mi ira, la ira de mi furor; porque en el fuego de mi celo será consumida toda la tierra, porque entonces convertiré sobre los pueblos una lengua en su generación, para que todos invoquen el nombre del Señor, para que le sirvan bajo un solo yugo. Los judíos interpretan esto en la venida de Cristo, a quien esperan que venga, y dicen que, con todas las naciones reunidas y derramado sobre ellas el furor del Señor, la tierra será devorada en el fuego de su celo. Y así como antes de la construcción de la torre, cuando todos los pueblos hablaban una sola lengua, así, convertidos todos al culto del verdadero Dios, hablarán hebreo, y todo el mundo servirá al Señor. Pero nosotros, que no seguimos la letra que mata, sino el espíritu que vivifica, ni escuchamos las fábulas judías, oímos del Señor: Prepárate, levántate de madrugada: se han dispersado todos sus racimos; y preparados decimos: Mi corazón está preparado, Dios, mi corazón está preparado (Sal. LVI, 8). Y oímos en los Proverbios el mandato: Prepara en la salida tus obras (Prov. XXIV, 27). Y aquello que en Levítico (Cap. XVI) se dice sagradamente, donde en el séptimo mes, el décimo día del mes, Aarón ofrece por el pueblo un macho cabrío expiatorio, y poniendo las manos sobre su cabeza, le imputa todos los pecados del pueblo de Israel, y lo entrega en manos de un hombre preparado, y lo envía al desierto (lo entendemos en nosotros) y preparándonos bajo el verdadero mandato del sacerdote, quitamos el mal de en medio de la Iglesia. Y cuando hayamos hecho esto, la noche pasa, se acerca el día, y como caminando honestamente en el día, decimos: Dios, Dios mío, a ti vigilo desde la luz (Sal. LXII, 1). E inmediatamente añadimos: Por la mañana escucharás mi oración, por la mañana me presentaré ante ti, y veré (Sal. V, 4, 5). Porque si no estamos preparados, no nos nacerá el sol de justicia. Pero cuando el sol ha salido, todos los racimos de la viña de Sodoma se dispersan y perecen, para que no solo los grandes racimos, sino también lo que parecía pequeño en nosotros, desaparezca con la lámpara de Cristo brillando. Y por todas estas cosas, Dios nos promete una recompensa, diciendo: Espérame en el día de mi resurrección como testimonio: porque después de los vicios y pecados, Dios resucitará en nosotros. Y según lo que en otro lugar se ordena: Sed mis testigos, y yo testigo, dice el Señor Dios: y el niño que he elegido (Isai. XLIII, 10): el Padre es testigo para nosotros con el Hijo y el Espíritu Santo, para que en la boca de dos o tres testigos, toda palabra se mantenga (Deut. XVII). Y más me parece que así se mantiene la sentencia, y bajo estos tres testigos se confirma la verdad, que según la letra. Porque hubo dos testigos contra Susana (Dan. XIII), y contra el mismo Señor Salvador (Matt. XXVI), y sin embargo, la palabra no se mantuvo en su boca. Contra Nabot también casi toda la ciudad dio testimonio, y el consenso de los testigos malvados no tuvo la firmeza de la verdad, sino la conjuración del crimen (III Reg. XXI). Porque mi juicio, dice, es en las

congregaciones de las naciones, para recibir a los reyes, en el lugar de sus suplicios, para derramar sobre ellos mi ira, toda la ira de mi furor. Quien es menor, pronto merece el perdón, y está cerca de la misericordia: Pero los poderosos sufrirán poderosos tormentos (Sabiduría VI, 6). Por lo tanto, las naciones y la multitud de las naciones se reúnen para el juicio; pero los reyes, es decir, los príncipes de las doctrinas perversas, serán llevados al castigo, para que se derrame sobre ellos toda la ira del furor del Señor. Y esto no se hace con alguna crueldad, como piensan los judíos sanguinarios, sino con misericordia y consejo del que cura. Porque sigue: En el fuego de mi celo será consumida toda la tierra. Porque con las naciones reunidas para el juicio, y los reyes para el suplicio, para que se derrame sobre ellos la ira, y no en parte, sino toda, y con la ira y el furor asociados, se consuma en todo el orbe todo lo que es terrenal, todo lo que pertenece a las obras de la tierra, es decir, de la carne: todos sus espinos y zarzas espinosas serán devastados, el incendio de mi celo los devorará. Y entonces convertiré sobre los pueblos una lengua en su generación, para que cada uno, dejando el error, vuelva al antiguo lenguaje de la confesión del Señor: y en el nombre de Jesús se doble toda rodilla, de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre (Filip. II, 10). Y dejando de lado los ladrillos y el betún que teníamos por piedras y lodo, con los que construíamos nuestra soberbia de error contra el Señor, recuperemos la lengua que antes perdimos, y estemos bajo el yugo de Cristo, que dice: Mi yugo es suave, y mi carga es ligera (Mat. XI, 30). Es de notar que en el lugar donde nosotros hemos interpretado: daré a los pueblos un labio escogido, por escogido, los Setenta dijeron, en su generación, para que se entienda, de la tierra. Y de aquí surgió el error, porque la palabra hebrea BARURA (), que Aquila y Teodocio interpretaron como escogido, Symmachus como puro, los Setenta leyeron BADURA (), pensando que la letra RES era DALETH, debido a la gran similitud del elemento, que se distingue por un pequeño ápice. Asimismo, donde nosotros hemos traducido, En el día de mi resurrección en el futuro, y todos han interpretado, como testimonio. El hebreo que me instruyó en las Escrituras, afirmaba que LAED () en el presente lugar debe entenderse más como εις ἔτι, es decir, en el futuro, que como en testimonio, porque ED, que se escribe con las letras AIN y DALET, se entiende como futuro y testimonio. Podemos exponer este lugar también sobre el primer advenimiento de Cristo, cuando, eliminado todo error, pisoteados los demonios y destruidas las obras terrenales, los apóstoles hablaron en todas las lenguas (Hechos II), y eliminado el antiguo error, se devolvió un solo labio de confesión. Pero también los reyes que son destruidos y consumidos por el ardor divino, deben entenderse como los príncipes de las doctrinas perversas.

(Vers. 10 seqq.) Más allá de los ríos de Etiopía, de allí mis suplicantes, los hijos de mis dispersos, me traerán ofrenda. En ese día no te avergonzarás de todas tus invenciones, con las que te rebelaste contra mí: porque entonces quitaré de en medio de ti a los altivos de tu soberbia, y no te ensalzarás más en mi monte santo, y dejaré en medio de ti un pueblo pobre y necesitado, y confiarán en el nombre del Señor. Las reliquias de Israel no cometerán iniquidad, ni hablarán mentira, y no se hallará en su boca lengua engañosa, porque ellos se apacientarán y reposarán, y no habrá quien los atemorice. LXX: Desde los confines de los ríos de Etiopía recibiré a mis dispersos: me traerán víctimas. En ese día no te avergonzarás de todas tus invenciones, con las que actuaste impíamente contra mí, porque entonces quitaré de ti la detracción de tu deshonra, y no añadirás más a ensalzarte sobre mi monte santo: y dejaré en ti un pueblo manso y humilde, y reverenciarán el nombre del Señor, los que queden de Israel, y no cometerán iniquidad, y no hablarán vanidades, y no se hallará en su boca lengua engañosa, porque ellos se apacientarán y reposarán, y no habrá quien los atemorice. Cuando el Señor haya devuelto a los pueblos un labio escogido, y todos hayan invocado el nombre del Señor, y llevado su yugo, entonces también más allá de los ríos de Etiopía (de donde vino la

reina de Saba a escuchar la sabiduría de Salomón (III Reg. X)) traerán víctimas al Señor: Y Etiopía adelantará sus manos a Dios (Sal. LXVII, 32): y al verdadero legislador, que golpeó a Egipto con diez plagas (Éxodo II), se unirá la etíope, envidiando la sinagoga de los hebreos. Pero lo que dice según el hebreo: De allí mis suplicantes, hija de mis dispersos, me traerán ofrenda, es de esta manera: Oh Israel, oh sinagoga que una vez fue hija, a quien he dispersado por todo el mundo, aunque envidies, aunque te consumas de celos, sin embargo, de Etiopía me serán traídas víctimas, es decir, del pueblo gentil. En ese día, es decir, cuando la multitud de las naciones haya creído, tampoco tú te avergonzarás completamente de todos tus errores, con los que te rebelaste contra mí, eligiendo a Barrabás y crucificando al Hijo de Dios (Juan VI). Entonces quitaré de en medio de ti a los escribas, y sacerdotes, y fariseos, los altivos de tu soberbia, y no te jactarás más en mi monte santo; sino que tendrás un pueblo pobre, hombres iletrados, y pescadores, que confiarán en el nombre del Señor. Las reliquias de Israel, no la multitud que clamó: Crucifícalo, crucifícalo (Juan XIX, 6): no los pontífices y los principales; sino las reliquias no cometerán iniquidad, ni hablarán mentira en Cristo, creyendo en la verdad: ni se hallará en su boca lengua engañosa, sabiendo que toda mentira es del diablo (Juan VIII); porque ellos se apacientarán, y dirán: El Señor me apacienta, y nada me faltará: en lugar de pastos allí me colocó. Sobre el agua de refrigerio me condujo, convirtió mi alma (Sal. XXII, 1): y no habrá quien los atemorice, venciendo la fe de los creyentes la soberbia de los perseguidores. Esto se entiende del primer advenimiento de Cristo, que los judíos se prometen a sí mismos al final, y esperan habitar en Jerusalén, y al modo de los rebaños ser colmados y apacentados con dones corporales y riquezas de Judá, y con todas las naciones eliminadas y sujetas a ellos, no habrá quien pueda residir que los atemorice. Pero nosotros, tomando de esta fábula ocasión para la verdadera historia, decimos que toda la negrura del alma, y el color tétrico, y el veneno del dragón, con el que estábamos teñidos por vicios y pecados, al habérsenos devuelto un labio escogido, o puro, y blanco (como lo interpretó Symmachus) dejaremos en los ríos de Etiopía a los maestros de las doctrinas perversas, con los que antes éramos regados, y con el Israel que una vez fue disperso llevaremos ofrendas a Cristo. En ese día, cuando la luz de Cristo haya surgido para nosotros, se dirá a cada uno de nosotros: no te avergonzarás de todas tus invenciones, es decir, de tus pensamientos perversos, con los que actuábamos impiamente contra el Señor, y se quitará toda soberbia y deshonor por la que nos erguíamos contra el Señor, y contra su monte santo nuestro Señor y Salvador, y en lugar de nombres altivos y vanos quedará en nosotros un pueblo manso y humilde, para que no pensemos nada arrogante, nada altivo, nada que desagrade a Dios. Y considera que en el día del juicio, y en la consumación del mundo, se quitarán todos los nombres de dignidades, y quedará un solo pueblo, y un rebaño bajo el buen pastor, que sea manso y humilde. Entonces también el pueblo de Israel, con la plenitud de las naciones entrando (Porque Dios ha encerrado a todos bajo pecado, para tener misericordia de todos (Rom. XI, 32)) temerán el nombre del Señor. Y las reliquias de Israel no cometerán más iniquidad, por la que negaron al Señor, ni hablarán vanidades: prometiéndose a sí mismos fábulas absurdas: ni se hallará en su boca lengua engañosa, hablando Cristo por ellos, que es la verdad. Entonces se apacientarán, y ellos en un solo rebaño, y reposarán en la Iglesia, y no temerán el verdadero ímpetu de Nabucodonosor. Viendo y leyendo estos grandes misterios, clamemos con el Apóstol, y digamos: ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios, cuán inescrutables son tus juicios, e ininvestigables tus caminos! (Rom. XI, 33). Lo cual también el profeta sintiendo, y reflexionando sobre los juicios de Dios, sospecha. En la noche con mi corazón me ejercitaba, y escudriñaba mi espíritu, y decía: ¿Acaso rechazará Dios para siempre, o no añadirá para tener misericordia más? ¿O contendrá en su ira sus misericordias? y dije: Ahora he comenzado: este es el cambio de la diestra del Altísimo (Sal. LXXVI, 7, seqq.). Y el sentido es: Esto que pensaba que el Señor dejaría para siempre a los pecadores, y que sus

misericordias serían contenidas por la ira que sucedía, entendí que fue hecho para que con el cambio de su diestra, que es la diestra del Altísimo, cambiara todo, y tuviera misericordia de aquellos que antes había rechazado. Y nosotros, por tanto, y las reliquias de Israel, sabiendo que daremos cuenta por toda palabra ociosa (Mat. XII), y que el Señor destruirá todos los labios mentirosos, no hablemos vanidad. Porque vanidad de vanidades, y todo es vanidad (Ecl. I, 2). Y: Toda vanidad es todo hombre viviente (Sal. 38). Ni pronunciemos mentira con nuestra boca; sino que, habiendo recibido el poder de pisar serpientes y escorpiones, y sobre toda la fuerza del enemigo (Luc. X), no temamos ningún miedo, ni temamos las insidias de los lobos, con Cristo como guardián: sino digamos, El Señor es mi luz y mi salvación; ¿a quién temaré? (Sal. XXVI, 1) y lo demás, que se contiene en el salmo veintiséis.

(Vers. 14 seqq.) Alaba, hija de Sion, júbilo, Israel, alégrate y exulta de todo corazón, hija de Jerusalén. El Señor ha quitado tu juicio, ha apartado a tus enemigos: el rey de Israel, el Señor, está en medio de ti, no temerás el mal nunca más. En aquel día se dirá, Jerusalén, no temas: Sion, no se debiliten tus manos: el Señor tu Dios en medio de ti es fuerte, él mismo te salvará, se regocijará sobre ti con alegría, callará en tu amor: exultará sobre ti con alabanza. Reuniré a los que se apartaron de la ley, porque eran de ti: para que no tengas más oprobio sobre ellos. LXX: Alégrate, hija de Sion; proclama, hija de Jerusalén, exulta y deléitate de todo tu corazón, hija de Jerusalén. El Señor ha quitado tus iniquidades, te ha redimido de la mano de tus enemigos, el rey de Israel, el Señor, está en medio de ti: no verás el mal nunca más. En aquel tiempo, dice el Señor a Jerusalén, confía, Sion, no se debiliten tus manos: el Señor tu Dios en ti es fuerte, te salvará: traerá sobre ti alegría, y te renovará en su amor, y se regocijará en ti en deleite, como en un día solemne: reuniré a tus quebrantados. Ay de quien ha recibido sobre ella oprobio. No debe parecer extraño, como hemos dicho a menudo, que los capítulos hebreos y los de la LXX griega y latina terminen de manera diferente. Donde hay una traducción diferente en el sentido, es necesario que haya diferentes principios o finales. Los judíos, con Cristo, a quien creen que ha de venir, se prometen a sí mismos todas estas cosas, que nosotros, que hemos recibido a Cristo, ya hemos alcanzado con él. Si alguno de los cristianos, y especialmente de los nuevos prudentes, cuyos nombres callo para no parecer que ofendo a alguien, piensa que la profecía aún no se ha cumplido, sepa que lleva el nombre de Cristo en vano, y que tiene un alma judía, sin la circuncisión del cuerpo. Porque si estas cosas aún no se han hecho, sino que son futuras, en vano hemos creído en la venida del Salvador: en vano, sin embargo, no creyendo, entendemos que en nosotros se ha cumplido el misterio, que ha estado en silencio por tiempos eternos, y ahora se ha manifestado por las Escrituras proféticas y la venida de nuestro Señor Jesucristo (Col. I). Finalmente, consideremos el orden de la lectura, y veremos que lo que se dice no pertenece a los judíos, sino a la Iglesia de Cristo. Después de esto, lo que precedió (Mi juicio en las congregaciones de las naciones, para que reciba a los reyes, hasta el lugar donde dice: Para que todos invoquen el nombre del Señor, y le sirvan bajo un solo yugo: Y, más allá de los ríos de Etiopía recibiré en mis dispersos que me traerán víctimas: y después de los restos del pueblo de Israel, creyentes en Cristo y salvados, de los cuales se dice: Y temerán el nombre del Señor los que son restos de Israel, y no habrá quien los aterrorice). El Espíritu Santo, predicando sobre la consumación general del mundo, habla: Alégrate, hija de Sion, proclama, hija de Jerusalén, alégrate y deléitate de todo tu corazón, hija de Jerusalén. Toda alma eclesiástica, que está en la atalaya, y contempla la paz, se alegra y regocija de que las iniquidades han sido quitadas de ella, y redimidas por aquel que redimió a todos con su preciosa sangre. Porque Cristo se ha hecho para nosotros sabiduría de Dios, y justicia, y santificación, y redención (I Cor. I, 30). Y nos ha redimido el rey de Israel, que habita en medio de nosotros, diciendo: Yo y mi Padre vendremos, y haremos morada con él (Juan XIV, 23); y habitaré y caminaré en ellos (Lev.

XXVI, 12): y ya no veremos el mal, pensando y haciendo solo virtudes. En aquel día, dice el Señor, viendo nosotros la paz, y estando en lo alto, no se debiliten tus manos, quien también dijo por Isaías: Fortalezcan las manos débiles, y que tus obras sean fuertes (Isa. XXXV, 3). Porque el Señor es fuerte, a quien nadie puede resistir: tu salvador, él mismo te devolverá la alegría que perdiste, y habiendo desechado al hombre viejo, te hará caminar en el nuevo, y esto lo hará en su amor: no por tu mérito, sino por su misericordia. Y se regocijará en ti, y se deleitará, como recibiendo la ofrenda más rica de tu solemnidad para tu salvación: y él mismo te dirá: reuniré a tus quebrantados: Un corazón contrito y humillado, Dios no despreciará (Sal. L, 19); y, No quebrará la caña cascada (Isa. XLII). Esto si queremos recibirlo del segundo advenimiento del Salvador. Pero porque el profeta Zacarías exhorta a Sion y Jerusalén a una alegría similar, y Mateo dice que esta misma profecía se cumplió en el primer advenimiento de Cristo (Mat. XXI), nos vemos obligados por necesidad, más bien guiados por el mismo orden de la verdad, a no esperar lo que se dice en Sofonías como futuro, sino como hecho. Porque está escrito en Zacarías: Alégrate mucho, hija de Sion; proclama, hija de Jerusalén: he aquí tu rey viene a ti justo y salvador: él mismo humilde y montado sobre un asno y un pollino nuevo (Zac. IX, 9). Esto según los Setenta. Sin embargo, según el hebreo, se ordena a la Iglesia alabar y a Israel jubilar, viendo a Dios con sentido, y exultar y alegrarse de todo corazón el lugar de la paz, al que se le dijo: Mi paz os doy, mi paz os dejo (Juan XIV, 27). Porque al final y en la consumación del mundo, ha quitado su juicio, no juzgándola ni corrigiéndola, sino salvándola: y ha apartado a sus enemigos, las hordas de demonios. El rey de Israel, el Señor, estará en medio de ella: no temerá más el mal. En aquel día se dirá a la Jerusalén libre: no la que sirve con sus hijos, sino la que es madre de los santos (Gál. IV): No temas, Sion (ella misma es Jerusalén), no se debilitarán tus obras: ni harás lo que lamentarás haber hecho. El Señor tu Dios, que te salvará, fuerte y poderoso, él mismo habitará en medio de ti, se regocijará sobre ti con exultación y alegría, y callará tus pecados en amor (o en paz), con el que te amó: y exultará sobre ti con alabanza, ya sea porque eres digno de alabanza, o porque con tus alabanzas cantes. Reuniré a los que se apartaron, o, como Aquila interpretó, a los trasladados, que se apartaron de ti, porque eran de ti, es decir, aquellos que por vicios y pecados huyeron de tu seno, y se hicieron bajo el poder de los demonios, con el estado de todos restaurado, vendrán a ti, y no sufrirás más oprobios sobre tus hijos perdidos. Lo que dijimos de los que se apartaron, sepamos que en hebreo es la misma palabra latina, y por eso la hemos puesto tal como estaba en hebreo, para que podamos saber que la lengua hebrea es la matriz de todas las lenguas, lo cual no es el tema de este momento para discutir. Me sorprende, sin embargo, que Aquila y los Setenta, por lo que interpretamos como eran, en el lugar donde dijimos: Reuniré porque eran de ti, por eran, quisieron interpretar como ay, o oï: lo que siempre Aquila pone no para lamentar, sino para llamar e invocar: HAJA () de hecho, cuyo verbo inicial es, soy, en tiempo pasado en número plural significa, eran, o fueron. Sé que esto es molesto para el lector, quien si nota que no escribo controversias y declamaciones, ni me exalto en lugares comunes: sino Comentarios, y Comentarios de los profetas, me reprochará más si en algún lugar quiero jugar al estilo de los retóricos, que me acusará de detenerme en tales oscuridades como es digno.

(Vers. 19, 20.) He aquí que yo destruiré a todos los que te afligieron en aquel tiempo: y salvaré a la coja, y reuniré a la que fue expulsada: y los pondré en alabanza y en nombre en toda la tierra de su confusión. En aquel tiempo en que os traeré; y en el tiempo en que os reuniré: porque os daré en nombre y en alabanza a todos los pueblos de la tierra, cuando convierta vuestra cautividad ante vuestros ojos, dice el Señor. LXX: He aquí que haré en ti, por ti, en aquel tiempo, y salvaré a la exprimida, y recibiré a la rechazada, y los pondré en gloria, y nombrados en toda la tierra. Y se avergonzarán en aquel tiempo, cuando os haga bien: y en el tiempo cuando os reciba, porque os daré nombrados, y en gloria en todos los

pueblos de la tierra; cuando convierta vuestra cautividad ante vosotros, dice el Señor. Y esto la sinagoga que no cojea, sino que está truncada de ambos pies, se promete a sí misma en la venida de su Cristo, a quien espera que venga: y piensa que todas las naciones serán destruidas por el Señor, que afligieron a Israel, y que la sinagoga será salvada, y que la que recibió el libelo de repudio será reunida, y que serán puestos en alabanza, y en nombre en toda la tierra de su cautividad, en la que antes fueron confundidos. Y que esto sucederá en el tiempo cuando la cautividad de Jerusalén sea restaurada, y el templo reconstruido, y el resto del orden ceremonial mantenido. Esto se promete a sí misma, y por eso no hace penitencia, y mientras espera lo incierto, pierde la salvación cierta. No me sorprende que la sinagoga diga esto, que porque no recibe a Cristo, duele sus ojos, y con Lea se vuelve legañosa, y no es amada por Jacob, y al suceder Raquel, es descuidada (Gén. XXIX). Me sorprenden los cristianos, más bien los semi-judíos, que se creen de la Iglesia, que dicen esto y profesan cosas que si son verdaderas, en vano creemos en Cristo, y todo nuestro sacramento se anula, y somos más miserables que todos los hombres, creyendo que ha venido quien no ha venido. Pero como nuestra esperanza es cierta, y los votos de los judíos son vanos, según la primera interpretación ya tejamos el presente y último capítulo, y traigamos un testimonio de Jesús hijo de Sirac: Quien lanza una piedra al aire, la lanza sobre su propia cabeza (Eclo. XXIII). Porque Sion y Jerusalén están puestas en lo alto, cualquiera que detrae a Sion y Jerusalén, y lanza sobre ella piedras de contumelia, las lanza sobre su propia cabeza, y su oprobio volverá sobre su cabeza: Y su dolor y su iniquidad descenderán sobre su cabeza (Sal. VII, 17). Cuántos hoy reprochan al alma, que sigue los misterios de Dios, y quiere ver su paz, y dicen: Está loco, y ebrio, y lleno de mosto: huye de la multitud de hombres: desprecia los placeres: cuenta el oro como lodo: ama solo la pobreza. Y los que son infieles, incluso reprochan la cruz de Cristo, y si alguna vez lo ven en angustia y tentación, dicen: ¿Dónde están tus misericordias, y las justicias que has obrado? ¿Qué diré de los infieles, cuando algunos príncipes de las Iglesias reprochan a tales hombres, y consideran su vida una locura, y no alaban su presente conversación, sino que reprochan sus antiguos pecados? ni escuchan que está mandado: No reproches al hombre que se convierte de sus pecados (Eclo. VIII). Ay, pues, de quien ha llevado el oprobio y lo ha recibido, y se ha entregado a tal oficio, para detraer a Sion, y a la ciudad de Dios: porque por esta injuria de su ciudad el Señor es vengador, y dirá a Sion: He aquí que haré en ti por ti, es decir, haré tu venganza, y salvaré a la afligida, o como se dice en griego, exprimida; para que el sentido sea: Yo salvaré a aquella que en el presente como uva y oliva, así en tentaciones y presiones, como prensada y aplastada por el lagar y la viga, para hacer vino y aceite, y de vino beberá Jesús en el reino de su Padre; del aceite será ungido sobre sus compañeros. Creo que por la expresión de tal vino y aceite, Job sufrió mucho: pero después de haber hecho vino y aceite, oyó del Señor; ¿Crees que te he respondido de otra manera, sino para que aparecieras justo? (Job. XL, según LXX). Como si hablara a la uva y al olivo; ¿Piensas que te he prensado y afligido y triturado de otra manera, sino para que exprimiera de ti vino y aceite? Sigue: Y a la que fue rechazada, la recibiré. Parece que Dios nos rechaza cuando nos deja a la tentación. Por eso también Job, La visita, dice, del Señor me miró (Job. X, 12). Y no solo los justos hablan, y dicen, Ahora nos has rechazado y confundido, como está escrito en el salmo cuadragésimo tercero; sino que el mismo Señor y Salvador, de la persona del hombre que asumió, Tú, dice, nos has rechazado y despreciado: has diferido a tu Cristo; has subvertido el pacto de tu siervo. Pero que es la persona de los justos en el salmo cuadragésimo tercero diciendo: Ahora nos has rechazado y confundido, se aprueba por lo siguiente: Todas estas cosas han venido sobre nosotros, y no te hemos olvidado, ni hemos obrado inicua mente en tu pacto: ni nuestro corazón se ha vuelto atrás. A aquella, pues, que en las tentaciones parecía rechazada, el Señor la recibirá al final: y los pondrá en gloria y nombrados en toda la tierra, a saber, los hijos de la exprimida y rechazada, es decir, de la Iglesia. ¿A quiénes más podemos entender como hijos de la Iglesia

nombrados, sino a los apóstoles? Mira a Pedro y Pablo y Mateo y Juan; y considera que lo que fue prometido a Abraham: Magnificaré tu nombre, se ha realizado en ellos en obra. Diariamente se nombra en la Iglesia, diariamente se magnifica su nombre: no porque les beneficie a ellos ser nombrados por nosotros en la Iglesia: sino porque nosotros magnificando su nombre, y leyendo lo que escribieron, conseguimos la salvación. En aquel tiempo, dice, cuando la exprimida y rechazada sea recibida, y sus hijos puestos en gloria (glorificará el Señor en sus atletas, cuando los vea coronarse, como se glorió contra el diablo de Job: de donde también el Apóstol en el progreso de sus discípulos exultando, dice: También por vuestra gloria) se avergonzarán los que fueron vuestros adversarios, y llevaron contra vosotros oprobio: y entonces verán a aquellos que consideraban miserables, ser felices, y a los que consideraban pobres y abatidos, hacerse poderosos y gloriosos. Entonces verán que su cautividad por la cual en este mundo fueron sometidos a un duro imperio, se reduce a la Jerusalén celestial: y se levantarán en oprobio y en confusión eterna. Concédenos, Jesucristo, a los exprimidos y afligidos y rechazados en este mundo, que nos recibas y nos pongas en gloria: que se avergüence en el tiempo la serpiente, cesen los silbidos, los venenos se tornen inactivos, y su confusión contribuya a la salvación. Esto según los Setenta. Sin embargo, el hebreo, porque excepto el principio, de lo cual hablamos al final del capítulo anterior, no difiere mucho de su traducción, no creo que necesite exposición.